

Selección

TERROR

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

LOU CARRIGAN

NOCHE TENEBROSA


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

298 — La momia viviente, *Adam Surray*.
299 — El lúgubre aullido de las lobas, *Clark Carrados*.
300 — La noche del reptil, *Curtis Garland*.
301 — Las brujas deben arder, *Clark Carrados*.
302 — La discoteca macabra, *Ralph Barby*.

LOU CARRIGAN

NOCHE TENEBROSA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 303
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 34.569 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Jimmy Colbert y Mabel Sherman llegaron juntos como era de esperar, al apartamento de Warren Newman, el jefe de la banda. Les abrió la puerta Bentley, uno del grupo.

—Hola —masculló—. Pasad, tortolitos.

Entraron los dos, y se dirigieron inmediatamente al salón, caminando Bentley tras ellos, mirando las formidables curvas de Mabel. Cuando entraron los tres allí, vieron a los restantes miembros de la banda. Yard y Morton, sentados en sendos sillones y tomando whisky

—Hombre —saludó Yard —: la bella y la bestia. ¿Qué hay, preciosa?

—Hola Yard —sonrió Mabel —. Hola. Morton.

—Hola, tía buena —correspondió Morton.

Aunque la expresión no era precisamente elegante, Morton tenía razón: Mabel Sherman era una muchacha preciosa. De buena estatura, rubia, ojos azules, cuerpo espléndido Los hay con suerte, y el granuja de Jimmy Colbert era de éstos.

—¿No está el jefe? —se sorprendió Jimmy.

—Vendrá un poco más tarde —explicó Bentley—. Me llamó por teléfono, me dijo que nos dejaba la llave en la conserjería, y que le esperásemos.

Mabel se sentó, y Jimmy quedó de pie en el centro del salón; con el ceño fruncido, silencioso durante unos segundos. Por fin, murmuró:

—Quizá ha encontrado alguna pista.

—No creo —negó Bentley—. Si le entendí bien, nos ha reunido, precisamente, para ver si entre todos encontramos el modo de explicar lo sucedido. Si él lo supiese ya, nos lo diría y en paz.

—Maldita sea —gruño Yard —. ¡Setecientos mil dólares a tomar viento! ¡Y para eso nos la jugamos nosotros!

Quedaron todos silenciosos. Desde luego, la jugada había sido fina: ellos habían cometido el atraco, se la habían jugado, en efecto. Luego, conseguidos los setecientos mil dólares del atraco, los ponen en manos de Steve Hagard, otro miembro de la banda, conforme a lo planeado. Hagard escapa con el dinero al lugar también convenido, y allá espera a que, ya pasado lodo el peligro, acudan Warren Newman con él resto de la banda para repartirse el botín Pero cuando Newman y los otros miembros de la banda llegan, encuentran a Hagard muerto a balazos, y. naturalmente, ni rastro de los setecientos mil dólares robados con el sudor de su frente. La gran cochinada Pero ¿por parte de quién? ¿Quién sabía todo lo planeado? ¿Quién había matado a Hagard y se había llevado el dinero?

—¿Quieres tomar algo? —propuso Bentley, a Colbert.

—No.

—¿Y tú, Mabel?

—Tampoco, gracias. Bentley.

—Pues sí que venís alegras. ¿Por qué no os dais un buen meneo tú y Jimmy, a ver si os ponéis de mejor humor?

Yard y Morton sonrieron. Colbert había alzado las cejas, y de pronto, sonrió.

—¿Pues sabes que no es ninguna mala idea? Ven Mabel. Vamos al dormitorio de Warren. Ya nos avisaréis cuando llegue el jefe, muchachos.

—No le va a gustar que le deshagáis la cama —rió Yard.

Jimmy Colbert se había acercado a Mabel, y le tendía la mano. La muchacha vaciló un instante, pero se puso en pie y tomada de la mano de Colbert, se fue con éste por el pasillo. Los otros tres miembros de la banda cambiaron miradas y se guiñaron los ojos.

—Este Jimmy siempre está a punto —comentó Norton.

Jimmy Colbert y Mabel Sherman llegaron al dormitorio de Warren Newman, entraron, y Colbert cerró la puerta. En seguida se acercó a Mabel, y comenzó a quitarle el vestido.

—¡Oh, Jimmy! Ahora no

—¿Por qué no?

—Por favor... Déjame aquí, y ve con los muchachos. Ya sabes que prefiero no saber qué habláis. Y sabes también que Bueno

—¿Insistes en dejarme?

—Jimmy, compréndelo. No quiero seguir con esta vida, no quiero complicármela más. Ya lo estaba pensando hace semanas, pero después de lo que ha pasado, todavía estoy más decidida. Mira lo que le ha ocurrido a Hagard... Cualquier día... podría ocurrirte a ti, lo mismo... O a mí. Por favor, Jimmy.

—Está bien. Veremos de arreglarlo, nena. Pero si el jefe no encuentra una solución a la charada de quien mató a Hagard y se llevó el dinero, quizá yo la encuentre con tu ayuda.

—¿Con mi ayuda?

—Sí.

Colbert se sentó en el borde de la cama, y sentó a Mabel en sus rodillas.

—¿Qué podría hacer yo? —murmuró Mabel.

—He tenido una buena idea .. Primero, escucharemos a Warren, desde luego. Si él ha encontrado algo, muy bien. Si él no ha encontrado nada, tú y yo lo haremos. Tú lo harás, directamente. ¿Has oído hablar de madame Zoila?

—No.. ¿Quién es?

—Una espiritista muy conocida en Nueva Orleáns. Vive cerca de esta ciudad, en una vieja mansión... ¡Es una médium!

—¿Una de esas personas que hablan con los espíritus? —exclamó Mabel.

—Sí.

—¡Oh, vamos. Jimmy! Todo eso son tonterías...

—Puede que lo sean. Pero no se pierde nada probando.

—Probando... ¿qué?

—Se me ha ocurrido que podríamos ir los dos a Nueva Orleáns y visitar a esa madame Zoila, para pedirle que nos ponga en contacto con el espíritu de Hagard. Bueno, irías tú sola. Yo te esperaría en Nueva Orleáns, o cerca de la casa de madame Zoila... Ya veremos. Creo que será mejor que concretemos los detalles en otro momento..., porque en este momento yo deseo dedicarme... a otra cosa.

Colbert había abierto el vestido de Mabel, pero ésta lo detuvo:

—Jimmy..., ¿estás hablando en serio? —preguntó.

—¿A. qué te refieres?

—A lo de esa madame Zoila.

—Claro que sí. Puede que sean tonterías. Yo no lo sé, no estoy seguro, desde luego. Pero no perderemos nada probando. Imagínate que tú vas allá, y que, en efecto, ella consigue comunicarte con el espíritu de Hagard. Sólo tendrías que preguntarle al espíritu de Hagard quién le mató y dónde está el dinero. Y asunto solucionado.

—¡Pero Jimmy, eso es una tontería!

—Puede que lo sea. Y puede que no. Pero lo he decidido: si Warren no soluciona nada en esta reunión, tú y yo nos iremos mañana a Nueva Orleáns, por separado... y sin decírselo a los demás. Sólo se trata de ir a ver a madame Zoila. Pero ya te digo que luego arreglaremos los detalles. Ahora...

—Jimmy, no... No. por favor...

—Pero ¿qué demonios te pasa? ¡Hasta ahora no te ha disgustado esta clase de cosas!

—No es que me disguste... Es que aquí y ahora...

—¿Por qué no? Puesto que quieres dejarme, sé amable en nuestros últimos tiempos, ¿no te parece? Pocas cosas más harás por mí. Sólo lo de ir a ver a madame Zoila, y luego, ¡adiós!

—¿Me lo prometes? Jimmy, ¿de verdad no te enfadarás conmigo porque quiera dejar todo esto y empezar de nuevo?

—Prometido —sonrió Jimmy Colbert—. Ayúdame en lo de madame Zoila, y nos diremos adiós. ¿De acuerdo?

—Sí... ¡Sí, de acuerdo!

—Pero... todavía no nos hemos dicho adiós...

Colbert se echó hacia atrás en la cama, llevándose consigo a Mabel Sherman. La muchacha todavía intentó resistirse, pero Colbert la besó en la boca, impidiéndole decir nada. Y, mientras la besaba, sus manos fueron maniobrando en el vestido de Mabel...

Por su parte, Mabel Sherman, pese a lo comprometido de la situación, estaba pensando en otra cosa: sólo tenía que ser amable con Jimmy, y lo conseguiría. Si él no se enfadaba con ella, la dejaría marchar. En el fondo, Mabel no las tenía todas consigo, pero la esperanza era demasiado importante para rechazarla de buenas a primeras. ¿Por qué no? ¿Por qué no podía

resultar, a fin de cuentas, que Jimmy fuese un buen amigo que se hacía cargo de sus deseos de empezar de nuevo? Y, desde luego, cuanto más amable fuese con él, más probabilidades tenía Mabel de salir con bien de su actual vida.

Así que la muchacha reaccionó, y correspondió por fin al beso de Jimmy Colbert, y dejó de resistirse aunque fuese disimuladamente a los propósitos de él de quitarle el vestido, cosa que pronto estuvo hecha.

Colbert estuvo, entonces, unos segundos mirándola fijamente, brillante la mirada.

—Eres muy hermosa —susurró—, ¡Muy hermosa!

Mabel le sonrió, y lo abrazó cuando él realizó el contacto. Ni habría sonreído, ni le habría abrazado, ni habría tenido la menor esperanza de nada si hubiese podido leer en los pensamientos de Jimmy Colbert. ¿Dejarla marchar? ¿Dejar escapar una pieza tan preciosa como ella, y que, además, sabía tantas cosas de la banda? ¡Pobre y tonta Mabel... !

Pero los pensamientos de Jimmy Colbert duraron muy poco, porque su mente quedó bloqueada por otras sensaciones. Estaba de lleno con Mabel, y eso era lo que importaba en aquellos momentos. Lo demás, se resolvería a su debido tiempo.

—¿Te gusta? —susurró, con su boca junto al oído de Mabel.

—Oh, sí... ¡Sí. Jimmy!

—Pues ahora verás...

Colbert se lanzó frenéticamente a la consecución de sus deseos, presionando el cuerpo de la muchacha. Muy pronto comenzó a llegar la más intensa de todas las sensaciones, y, entonces sí, definitivamente, Colbert perdió el mundo de vista.

* * *

—Bueno —sonrió—, creo que será mejor que te vistas y volvamos con los demás. Así Warren no nos encontrará en su cama.

—La arreglaré un poco —murmuró Mabel.

—Estupenda idea Yo te espero tomando un trago con los muchachos.

—Está bien.

Jimmy Colbert salió del dormitorio. Mabel permaneció todavía en la cama durante unos segundos. Luego, tras un suspiro de cansancio, salió del lecho, se vistió en seguida, y luego arregló la ropa de la cama, que quedó como si nada hubiera ocurrido. Pero había ocurrido. Una vez más, había ocurrido. ¡Menos mal que pronto podría olvidar todo aquello...! No es que le disgustase Jimmy, pero Mabel había comprendido, por fin, que si seguía por aquel camino acabaría mal... y quizá tan pronto como el propio Hagard, asesinado a balazos.

No. Lo mejor era terminar, romper con todo aquello de una vez. Estaba decidida.

Cuando se reunió con Jimmy y los demás, en el salón, Warren

Newman todavía no había llegado. Pero llegó apenas cinco minutos más tarde. Como había dejado su llavín para Bentley, tuvo que llamar a la puerta, y fue Bentley quien acudió a abrir. Cuando regresó en pos de Newman, todos se quedaron mirando fijamente a éste.

Warren Newman, el inteligente jefe de la banda, era un sujeto alto y fuerte, atlético. Debía tener cerca de cuarenta años, y resultaba muy atractivo con su elegante figura, sus buenas ropas, sus aladares ligeramente canosos. De ojos oscuros y penetrantes, boca firme y mentón sólido, era fácil adivinar en Warren Newman un hombre con el que más valía no gastar bromas.

—Siento haberme retrasado, muchachos —dijo—, pero a última hura me enteré de algo que me pareció que podía ser interesante.

—¿De qué te enteraste? —presunto Yard.

—Fue una maldita tontería. Nada que valga la pena —gruñó Newman —. Sírveme un trago. Morton.

—Okey —aceptó, en seguida, éste.

Newman fue a dejarse caer en el sofá, encendió un cigarrillo, y estuvo pensativo hasta que Morton le tendió el vaso con whisky. Bebió un sorbo, miró a sus compinches, y encogió los hombros.

—Bueno, no ha habido suerte. Era un rastro falso... ¡Pero setecientos mil dólares no pueden desaparecer así como así!

—Seguro que no —apoyó Bentley—. Si el que ha hecho la cochinada es tan sólo un poco tonto, pronto empezará a manejar dinero en abundancia. Y entonces, le daremos una lección.

—Yo no creo que sea tonto —dijo Newman—. Un tonto no se atreve a hacer lo que ha hecho el tipo que mató a Hagard. Además, puede que hayan sido más de uno.

—Eso no importa —deslizó Yard—. Lo que importa es saber cómo pudo enterarse, alguien, de nuestros planes.

—En realidad, es para hablar de esto que os he reunido —dijo Warren Newman—, Todas las cosas tienen una explicación, así que ésta también debe tenerla, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —murmuró Colbert.

—Bueno... ¿Quiénes sabíamos lo del golpe y lo demás?

Todos se quedaron mirando fijamente a Newman. ¿Quiénes? Pues no había que pensar mucho para responder a esto: lo sabían, precisamente, los que estaban allí, esto es, el propio Newman. Colbert y su chica, Yard. Bentley y Morton. Y Hagard, que se había ido para llevar el dinero al escondite y esperarlos allí.

—¿Nadie contesta? —sonrió Newman.

—Sólo hay una respuesta —gruñó Morton.

—Te equivocas.

Si Newman pretendía obtener toda la atención de sus hombres, lo consiguió, desde luego.

—¿Qué quieres decir? —Se interesó vivamente Yard—. ¿Acaso lo

sabía alguien más?

—Bueno, yo he reflexionado sobre esto, y sólo se me ocurren tres soluciones —dijo Newman—. Os las diré, y luego cambiaremos impresiones. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. Primera posibilidad: el que ha matado a Hagard y se ha quedado el dinero, es uno de nosotros, de los que estamos aquí ahora.

—¿Oye...! —empezó a protestar Yard.

—Tranquilo —lo miró Newman —. Hay que ser realistas. Yard, eso es todo. De modo que tenemos que admitir todos que ésa es una de las posibilidades, y ya está Pero, por suerte para nuestra amistad, yo creo que quedan otras dos, y quizá sea una de éstas la buena.

—¿Cuáles son las otras dos?

—Una de ellas es que el propio Hagard se las diese de listo, y se pusiera en combinación con algún amigo particular suyo para largarse con el dinero, o algo así; pero el amigo fue más listo que Hagard, lo mató, y lo llevó al lugar de la cita con nosotros... precisamente para que desconfiásemos unos de otros.

—¡Demonios! —Respingó Bentley—. ¡Podría ser eso, sí!

—Y la tercera posible solución —terminó Newman—podría ser que alguien que estuviese vigilando nuestras actividades se fuese enterando de nuestros proyectos, nos vigilase, siguiera a Hagard al lugar donde él debía esperamos, y lo matase y se llevase el dinero.

Quedaron todos silenciosos.

Pero, de pronto, comenzaron a hablar todos a la vez. Y a partir de ese momento, las cábalas, cavilaciones y teorías comenzaron a ser discutidas con vehemencia...

No sirvió de nada.

Sentada en un sillón, bebiendo, ahora, un whisky con mucho hielo, Mabel Sherman mantenía la mirada fija en el suelo, como queriendo convencer a aquellos hombres de que ella no sabía nada de nada, ni oía nada de nada.

En realidad, poco importaba que oyese o no. porque nada de lo que se dijo solucionó el problema de la banda burlada. Se estuvo discutiendo hasta bastante larde, y finalmente, comprendiendo que ya sólo daban vueltas y vueltas sobre los mismos puntos, Warren Newman decidió dar por terminada la reunión... que no había servido de nada.

Así que, poco después, cuando Jimmy y Mabel ya estaban en el coche del primero, éste murmuró:

—Nosotros lo sabremos.

—Jimmy, yo creo sinceramente que...

—¡He dicho que lo sabremos! Ya te dije antes lo que había pensado, y eso es lo que haremos. De modo que mientras vamos a tomar unos tragos, lo prepararemos todo para que los dos realicemos mi plan en Nueva Orleans...

CAPITULO II

Mabel Sherman llegó, finalmente, a la mansión de madame Zoila, procedente de Miami. Desde esta ciudad había llegado primero a Nueva Orleáns, donde se instaló en un modesto hotel; luego, simplemente, tomó un taxi y se hizo llevar a Harahan, localidad distante unos diez kilómetros de Nueva Orleáns, hacia el Este, siguiendo el curso del Mississippi River, a cuya orilla derecha se hallaba la población.

Ya en Harahan, no hubo dificultad alguna en localizar la mansión de madame Zoila, ante la cual el taxi se detenía cuando comenzaba a oscurecer.

El taxista estuvo unos segundos mirando la mansión, y luego se volvió hacia la Della muchacha rubia que había tomado como pasajera en Nueva Orleáns.

—¿Seguro que es ahí adonde va usted, señorita? —preguntó.

—¡Oh, sí! Seguro... Sí.

—Puedo sugerirle mil sitios mejores adonde ir, de veras. Por ejemplo, a Miami Beach.

—Precisamente, vengo de Miami —sonrió la muchacha.

—Pues si yo pudiese estar en Miami, no vendría aquí.

—Si yo hubiese podido quedarme en Miami, no habría venido a este lugar. ¿Cuánto le debo?

El hombre no insistió más. A fin de cuentas, no era cosa suya. Cobró sus servicios, dejó a la pasajera en tierra con su maletín de viaje, y emprendió el regreso hacia Harahan, para, desde allí, continuar hacia Nueva Orleáns.

Mientras tanto, Mabel Sherman contemplaba la mansión de madame Zoila.

No era nada tranquilizadora, desde luego. Estaba justo a la orilla del lío, casi a un kilómetro curso arriba de Harahan. Era una mansión grande, que alguna vez había sido blanca, pero que ahora se veía sucia, oscura. Rodeada de jardín y de las neblinas del río, que en la noche parecían tomar formas muy poco agradables, todas ellas sugeridoras de pensamientos tétricos.

Cuando dejó de oírse el rumor del taxi alejándose, Mabel pudo escuchar el rumor del gran río, suave, poderoso. Se veían algunas luces de embarcaciones curso arriba y curso abajo, pero, precisamente esas luces daban un tono de mayor aislamiento a la mansión, en la que no se veía luz alguna.

Mabel había Quedado en el sendero que, saliendo de la carretera, conducía a la casa, que veía de costado. Se decidió a caminar hacia la mole que alguna vez fue blanca, y lo hizo despacio, mirando a todos lados al parecer con aprensión. En la mano izquierda llevaba su maletín de viaje, la maleta la había dejado en el hotel de Nueva Orleáns.

Siguiendo el sendero, la preciosa rubia fue caminando hasta divisar la fachada de la casa, quedando, entonces, de espaldas al río. Y se detuvo allí, contemplando las columnas, el gran pórtico... Cien años atrás, aquella debió

ser una mansión espléndida; en la actualidad, quizá no tuviese todo el confort a que podían aspirar los seres humanos del siglo veinte, pero, bien mirada, tampoco estaba tan mal como había parecido de lejos y entre los jirones de niebla...

Mabel Sherman respingó sobresaltadísima cuando sintió el peso de algo en su hombro derecho, y dio tal salto, volviéndose, que estuvo a punto de caer sentada al suelo. Se quedó mirando, atónita, al hombre de raza negra que todavía tenía su mano derecha en el aire, a la altura de su hombro. El negro debía tener unos sesenta años, era de mediana estatura, musculado, de grandes oíos relucientes, y sus cabellos eran como una masa de blanquísimo algodón.

—Perdone si la he asustado —dijo el negro.

—¡Que si me ha asustado...! —Exclamó Mabel—. ¡Ha sido el susto más grande de mi vida!

—Lo siento de veras, señorita.

—¿De dónde ha salido usted? Le aseguro que tengo un oído muy fino..., pero no le he oído acercarse a mí, no he oído nada en absoluto. ¿Cómo lo ha hecho?

—Los espíritus no hacemos ruido, señorita.

La rubia abrió la boca, como para lanzar una exclamación, pero no llegó a hacerlo, Se quedó mirando fijamente al negro. Por fin, parpadeó, y murmuró:

—¿Cómo es posible que yo le vea, si usted es un espíritu?

—Me ve usted porque yo quiero que me vea.

—Pero su mano... Yo he sentido el peso de su mano en mi hombro. ¿Acaso los espíritus tienen peso?

—Yo he decidido que usted notase el mío. Soy más sociable que los demás.

—¿Qué?

—Digo que soy más sociable que los demás espíritus que hay alrededor de usted en estos momentos. Ellos no quieren dejarse ver. ¿Y sabe por qué?

Mabel, que estaba mirando con expresión inquieta a su alrededor, volvió a mirar al negro.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque temen la maldad de los seres corpóreos.

—¿Creen que yo soy mala?

—Lo creen de todos los seres con cuerpo físico.

La rubia volvió a mirar alrededor, al parecer más tranquila.

—Yo no veo nada —musitó.

—Sin embargo, ahí están todos... ¿Viene usted a visitar a madame Zoila, o a quedarse? —Creo que tendré que quedarme.

—¿Cree usted en madame Zoila?

—De otro modo, no habría venido —replicó Mabel.

—Me llamo Amos —sonrió el negro—. Venga, la acompañaré al

interior de la casa. Y espero que madame Zoila pueda recibirla pronto. Yo la anunciaré en seguida, desde luego.

—Pero...

—No se sorprenda —rió el viejo Amos—. ¡No soy ningún espíritu, desde luego! Sólo soy un criado de la casa.

—¿A qué viene todo esto? —frunció el ceño Mabel.

—Es sólo una pequeña e ingenua prueba que hacemos a todos los visitantes nuevos de madame Zoila. Algunos vienen aquí sólo por curiosidad, para... divertirse, ¿comprende? En cuanto les digo que soy un espíritu comienzan con bromas, ironías... Bueno, sus reacciones son muy variadas, pero todas irrespetuosas, aunque a veces intenten disimular un poco su jolgorio.

—¿Y yo no he sido irrespetuosa?

—Solamente cauta y discreta. Como todas las personas serias, quizá no crea en los espíritus, pero está dispuesta a escuchar lo que madame Zoila pueda decirle. ¿No es así?

—Sí... Desde luego, ésa es mi postura. Amos.

—Venga a la casa, por favor. ¿Quiere que le lleve el maletín?

—Oh, no es necesario. Pesa muy poco.

—Como guste.

Caminaron hacia la casa. Mabel miro de reojo al negro, el cual subió ágilmente al pórtico, llegó ante la puerta, y la empujó. Mabel espero a que Amos encendiese la luz roja del amplio vestíbulo, y entró, mirando a todos lados. Pero no había nada que ver, pues nada había en el vestíbulo, salvo un banco do madera, a la izquierda. No se veía nada más, al difuso resplandor rojo.

—¿Madame Zoila está en la casa? —preguntó.

—Sí, sí.

—Bueno Como todas las luces están apagadas...

—Están todos ahora en la Sala de la Comunicación. Y cuando están allí, todas las luces de la casa son apagadas, y yo me quedo afuera, para evitar que alguien pudiese llegar a molestar.

—Yo he llegado a molestar, ¿verdad? —sonrió la bella rubia.

—No. Usted es muy prudente, señorita. Otros llegan con el coche hasta la puerta, hacen ruidos, hablan entre ellos... A ésos, madame Zoila no los recibe jamás.

—Me parece bien... Supongo que yo no podría incorporarme ahora al grupo que está con madame Zoila.

—Lo siento, pero ya no es posible. Ella debe estar, en estos momentos, en plena comunicación. ¿Ha cenado usted?

—Comí algo en Nueva Orleáns.

—En ese caso, quizá le apetezca tomar café.

—Pues... sí. Gracias. Amos.

—Venga por aquí. La llevaré a la salita de recibo de madame Zoila,

para que la espere allí.

Mabel asintió. Fueron hacia la derecha del vestíbulo. Amos empujó una puerta, y se apartó. Mabel miró al negro, que sonrió como disculpándose, y encendió la luz. Es decir, una pequeña bombilla que impartía una tenue luz roja, idéntica a la del vestíbulo.

—Acomódese a su gusto, señorita. ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Mabel... Mabel Sherman. Vengo de Miami expresamente a hacerle una importante consulta a madame Zoila.

Amos asintió, y se retiró, cerrando la puerta. Mabel miró a todos lados, de nuevo. Allí sí había cosas que ver, pero nada que pareciese extraordinario, en modo alguno. Era una salita confortable, de aspecto agradable y pulcro. Había un sofá, dos sillones, una mesita, libros, cuadros, objetos de adorno sobre un escritorio...

La rubia se sentó en un sillón, y dejó el maletín junto a su pie izquierdo. ¡Qué silencio...! Al cruzar las piernas, incluso pudo oír el roce de sus turgentes muslos uno contra otro, como sonido de seda.

«Me parece que todo esto es una tontería», reflexiono Mabel Sherman... «Y una pérdida de tiempo. Pero, en fin...»

De súbito, apareció frente a ella, como colgado de la puerta, un súbito fulgor de un tono blanquecino, quizá levemente azulado, aunque era difícil definir su auténtico color, debido al resplandor rojo de la bombilla. Era un fulgor como el que produciría una diminuta estrella, que se movió a derecha e izquierda, subió y bajó era una luz flotante, resplandeciente...

Y sonó una voz profunda y quejumbrosa, en alguna parte:

—¿Dónde estoy, adónde voy? —preguntó la voz.

Mabel Sherman tenía ya los cabellos de punta. Sus ojos se habían desorbitado, fijos en el fulgor que lio taba ante ella, y del cual, al parecer, había brotado la voz. Un espanto indescriptible agarrotó los músculos de Mabel, un frío indecible penetró en su cuerpo y pareció congelarlo.

—Hermanos..., ¿me habéis llamado? —Preguntó ahora, la voz—. ¿Me habéis llamado?

Las manos de Mabel se crispaban en los brazos del sillón. En su vientre sentía cómo el frío se había condensado formando una enorme bola. No podían ni siquiera parpadear.

—Hermanos —insistía la voz—, ¿qué queréis de mí?

El fulgor se movió de nuevo, siempre como flotando... Si, era como una... como una estrella hecha de algodón que oscilaba de un lado a otro..., mientras una descarga de frío partía como un estampido desde el estómago de Mabel Sherman hacia todo el cuerpo..

—La Paz del Señor sea con vosotros... Hermanos, estoy perdido: encaminadme, os lo ruego —dijo el fulgor

—Ve hacia tu izquierda —se oyó otra voz.

—No, no —sonó otra voz—. Hermano, mira hacia tu derecha, y verás allí el resplandor del buen camino, que te llevara hasta el Santo Padre

Celestial...

—¡Ja, ja, ja...! —sonó la risotada, en otro lugar.

—¿Dónde estoy, adónde voy? —insistió el fulgor.

—Ve hacia tu derecha, hermano.

—¡No! ¡Hacia tu izquierda! ¡Ja, ja, ja...! ¡Hacia tu izquierda, ése es el caminó...!

Comenzó a oírse un llanto. Un llanto manso y rebosante de una congoja estremecedora... Mabel consiguió cerrar los ojos, mientras otro estremecimiento sacudía su cuerpo. Tenía la sensación de estar rodeada de cosas frías, una de las cuales apretaba su garganta.

«Tengo que serenarme» —se dijo... «Tengo que serenarme, o no podría estar en esta casa ni un minuto, y Jimmy me mataría... Y le temo más a él que a todos los muertos del mundo.»

Así que Mabel Sherman tragó saliva, y murmuró:

—Hermano, yo no sé... no sé cómo puedo ayudarte..

—¡Hacia tu izquierda! —sonó la voz.

—No, no, hermano: hacia tu derecha —dijo la otra voz.

—Pero vosotros me habéis llamado —dijo el fulgor—. ¿Por qué me habéis llamado? ¿Qué queréis de mí?

—Bueno, yo... —empezó Mabel.

De súbito, hubo como un destello cegador, y acto seguido el fulgor desapareció.

Durante unos segundos, la muchacha rubia quedó como cegada; el resplandor había sido tal que, ahora, sólo con la luz roja, casi no veía nada... Pero oyó abrirse la puerta, y. más que nada, distinguió la blanca mancha de los cabellos de Amos.

Oyó su amable voz:

—Aquí le traigo café, señorita Sherman. Espero que le guste... ¿Qué le ocurre?

La masa cómo de algodón se acercó más a Mabel. El rostro de Amos se concretó. Era curioso ver aquel rostro negro bajo una luz roja. El contraste era extraordinario. Los ojos de Amos parecían flotar debajo de sus cabellos, eso era todo.

—¿Qué le pasa, señorita Sherman?

—Yo... yo... yo... yo...

—¿Se encuentra mal?

—No... no sé... Creo... creo que he oído... voces...

—¡Ah! —Amos se irguió—. Bueno, es posible.

—Y he visto... un extraño resplandor...

—Tranquilícese —Amos le palmeó cariñosamente una mano—. Sin duda, algunos espíritus han acudido a las llamadas de madame Zoila, y han estado por aquí. Muchas veces se desorientan, ¿no lo sabía usted?

—La verdad es que... que no sé mucho de estas cosas...

—No se preocupe por nada. Evidentemente, usted es receptiva, lo

cual complacerá mucho a madame Zoila. No crea que todas las personas que vienen a esta casa son receptivas; algunas no consiguen ver ni oír jamás a un solo espíritu requerido. Todos los contactos, entonces, los consiguen por la mediación de madame Zoila .. Vamos, tómese el café. ¿Le gusta con mucha azúcar?

—Creo que lo tomaré solo...

—Es del modo que mejor sabe el café.

Mabel tomó la taza que Amos le tendía, y el negro sonrió afectuosamente cuando vio temblar la mano de la muchacha, en la que la taza parecía a punto de saltar del plato.

—Debe serenarse—recomendó—. ¿Qué han dicho los espíritus?

—Me parece... que uno se había perdido. Y luego oí una voz que le decía que fuese hacia la izquierda, y otra que le decía que fuese hacia la derecha...

—Ya. Hay espíritus burlones, y espíritus malignos, que se dedican a fastidiar —sonrió Amos—. Si vuelve a sucederle algo parecido, usted aconseje el camino de la derecha, ¿comprende?

—Sí, sí.

—Es curioso lo que le ha sucedido a usted: generalmente, los espíritus no son tan... comunicativos, quiero decir en su aspecto resplandeciente. Madame Zoila consigue comunicación, pero los recibe siempre ella, y sólo se pueden escuchar sus palabras por boca de ella misma. Quizá tenga usted algún poder especial que usted misma desconoce, señorita Sherman. ¿No se toma el café?

Mabel Sherman asintió. No parecía muy tranquila, ciertamente, pero su mano no temblaba ya. Pudo tomar la taza bien, y la acercó a su boca. Nada más probar el amargo sabor del café tuvo la certeza de que éste no contenía ninguna sustancia extraña, así que lo ingirió, a pequeños sorbos silenciosos. Frente a ella, de pie. Amos la observaba con suma amabilidad.

—Madame Zoila todavía tardará en poder recibirla —dijo—. ¿Prefiere esperarla sola, o...?

—¡No, por favor! —Exclamó Mabel—. ¡Le ruego que se quede conmigo Amos!

—Lo suponía —rió el negro; tomó la taza de manos de la muchacha, y la dejó sobre la mesita; luego, se sentó en el otro sillón —. Aunque debe usted saber que no hay que temer nada de los espíritus.

—Bueno, no es que tema nada, pero...

—Son los seres encamados, los seres vivientes en este mundo, los que se dedican a hacer el mal. ¿Viene usted a preguntar a madame Zoila sobre algún familiar, o algún ser querido?

—No... No exactamente.

—¿No le interesa el contacto con sus seres queridos que ya abandonaron su envoltura camal?

—¡Oh, sí...! Bueno, no sé... Es que no había pensado en eso. Mi

consulta es... es de otro tipo...

—¿De qué tipo?

—En realidad, no es una consulta personal mía. Me... me ha enviado, aquí, otra persona.

—¿Y por qué no ha venido esa persona?

—No era posible, de momento. Pero seguramente se reunirá conmigo en Nueva Orleáns cuando le sea posible.

—No podrá reunirse con usted, puesto que usted estará aquí.

—Oh, bueno, me esperaré... ¡Vuelvo a oír voces!

Amos se irguió, alerta, pero en seguida sonrió.

—Estas voces son humanas —casi rió—. Parece que madame Zoila ha terminado ya su sesión de hoy. Espere aquí: iré a decirle que tenemos otra invitada. Bueno..., espero que ella la acepte, señorita Sherman.

Amos se puso en pie, y salió de la salita, cerrando la puerta.

CAPITULO III

Cuando la puerta se abrió de nuevo, Mabel Sherman miró hacia allí, y en seguida, rápidamente, se puso en pie.

Por supuesto, la mujer que entró tenía que ser madame Zoila, así que Mabel se llevó una considerable sorpresa. Madame Zoila apagó la luz roja y encendió' la normal, y se quedó mirando inexpresivamente a Mabel.

Esta había esperado, no sabía por qué, encontrarse una mujer de edad avanzada, de aspecto más o menos exótico e incluso un tanto impresionante, pero no era así. Madame Zoila parecía tener unes cincuenta años, era de mediana estatura, más bien gruesa, de cara redonda, ojos vivos y oscuros, y gruesas cejas. Vestía con normalidad, incluso con cierto estilo. Su piel era muy bronceada, y había en sus facciones ciertas características que delataban su procedencia india. Quizá remota, pero su procedencia india parecía innegable.

De pronto sonrió amablemente.

—¿Señorita Sherman?

—Sí... Sí.

—Claro. —Madame Zoila se acercó a ella, la observó atentamente, y, de modo inesperado, frunció el ceño y dijo—. Creo que estoy un poco disgustada con usted.

—¿Co... conmigo...? ¿Por qué?

—Siéntese, por favor.

—Gracias...

Se sentaron las dos. De la mesita, madame Zoila tomó una caja, la abrió, y la ofreció a Mabel, ésta se inclinó, y vio los delgados cigarros negros, enrollados a mano. Vaciló un instante, pero tomó por fin uno de los cigarros. Madame Zoila se colocó otros entre sus dientes sorprendentemente blancos. Mabel vio el gran encendedor sobre la mesa, lo encendió, y ofreció la llama a la médium. Luego encendió su cigarro.

Se quedaron mirándose a través del humo.

—¿Po... por qué está... disgustada conmigo? —murmuró Mabel.

—Por su interferencia. Hoy he tenido que terminar antes mi sesión, por culpa de esa interferencia.

—Bueno, yo...

—Esto no me había ocurrido nunca. ¿Se da usted cuenta, hija mía, del gran poder que tiene?

—¿Poder? ¿Yo?

—Naturalmente. De otro modo, los seres a quienes yo llamé no habrían venido a comunicarse con usted. Pienso que quizá sea usted también una médium.

—¡Claro que no! —Respingó Mabel—. ¡Nunca antes me había ocurrido nada parecido!

—Quizá yo podría desarrollarla, hijita.

—¿Qué?

—¿De verdad no sabe usted nada de todo esto, ni nunca ha tenido contactos?

—Nunca.

—Extraordinario. En cuanto a su desarrollo, digamos que consiste en prepararla para ser receptora de esas comunicaciones. Muchas personas poseen ese don, pero ellas mismas lo ignoran. Es como... como si usted estuviese en un lugar en tinieblas, y tuviese una linterna, pero no supiese lo que es una linterna ni para qué sirve. ¿Me comprende?

—Creo... creo que sí. ¿Quiere decir que usted... puede enseñarme lo que es una linterna y cómo... utilizarla?

—Exacto. ¿Le gustaría?

—Pues no sé... Mire, madame Zoila, yo he venido... porque un amigo me lo ha pedido, para hacerle una consulta. El oyó hablar de usted en Miami, y pensó que podría usted... solucionarnos un problema.

—¿Qué clase de problema?

—Bueno... Es un problema grave...

—¿Familiar?

—No, no.

—¿Quizá religioso?

—¡Oh, no! Bueno, es... un problema de dinero...

El rostro de madame Zoila se ensombreció.

—Temo que no podre ayudarla en asuntos de esa clase, señorita Sherman.

—¿Por qué no?

—Porque no siento interés por comunicarme con espíritus que todavía tengan apego al dinero que conocieron cuando estuvieron carnalmente aquí.

—Pero... Bueno, yo pienso que la persona que fue asesinada quizá... quizá está necesitada, cuando menos, de... de una orientación, o de algún consuelo.

—¿Una persona fue asesinada por dinero?

—Así lo creemos mi amigo y yo. Bueno, en realidad, estamos casi seguros.

—¿Qué sucedió?

Mabel se quedó mirando fijamente a la médium, sin contestar. Madame Zoila sonrió un tanto secamente.

—¿No quiere decírmelo?

—No sé si debió decírselo... en estas circunstancias.

—No comprendo. —Quiero decir que yo... yo había pensado que podría explicarlo todo cuando... cuando usted estuviese en trance.

—Entiendo, sí. Se trata de que yo, como Zoila Zom, no sepa lo que sucedió, sino de utilizarme como vehículo para ponerse en contacto con la persona que fue asesinada. Usted consigue ese contacto gracias a mí, yo no

me entero de nada puesto que estoy en trance, y cuando despierto usted sabe lo que quería saber y yo no sé nada de nada. ¿Era ésa su idea?

—Creí... que podría hacerse así, es cierto.

—Indudablemente, puede hacerse así. Pero si bien mi fluido no tiene inconveniente en buscar toda clase de contactos, Zoila Zom, en lo personal, como materia humana, no quiere complicarse la vida en asuntos de asesinatos. Espero que se haga cargo.

—Claro... Sí, claro.

—No tengo, por el momento, deseos de intervenir en modo alguno en cuestiones de codicias humanas, señorita Sherman. Me complacería ayudarla en otras cuestiones, pero no en éstas. De todos modos...

—¿Sí?

—¿Sabe usted cuál es una de las principales obligaciones de las médium?

—No...

—Dar luz. Como le he dicho antes, algunas personas poseen el don de la comunicación, pero están ignorantes de él. Yo estoy obligada a encaminar a esas personas. No es, claro está, ninguna obligación material, sino espiritual.

—¿Quiere decir que podría encaminarme a mí? ¿Darme luz?

—Me siento obligada a hacerlo, después de escuchar lo que Amos me ha explicado.

—¿Y qué... qué tendríamos que hacer?

—Hoy, nada. Me siento cansada. Pero me gustaría que usted se quedase unos cuantos días en mi casa. Durante su estancia aquí espero poder hacer algo por usted.

—La verdad es que nunca se me ocurrió que yo Bueno, no sé si me... me gustaría... desarrollar ese don, madame Zoila.

—También es obligatorio para usted.

—¿Obligatorio para mí? —Respingó Mabel—. ¿Por qué?

—Ha podido obtener la explicación por usted misma hace un rato, hijita. Si hubiese estado desarrollada, habría podido dar luz, a su vez, a los espíritus desorientados que se comunicaron con usted. ¿No sabe que hay espíritus perdidos, que incluso después de mucho tiempo de haber abandonado su materia carnal todavía andan vagando por las tinieblas? Y sufren mucho, se lo aseguro.

—¿Y yo podría ayudarles?

—Sin la menor duda. Creo que debe aceptar mi invitación a quedarse. Actualmente, sólo tengo tres invitados. Con usted, serían cuatro. Las otras personas que han asistido a la sesión de hoy ya se han marchado... Estará usted bien en la casa, hijita.

—No... no he traído equipaje. No pensé que podría quedarme en seguida, así que...

—Eso no importa. Tengo ropas adecuadas para dormir, que serán de su medida. Pero, si lo prefiere. Amos puede acompañarla a buscar sus cosas a

Nueva Orleáns. Tenemos varios coches en la casa, en la parte de atrás.

—¿Tiene usted varios coches?

—No, no —sonrió madame Zoila—. Yo sólo tengo uno, pero mis invitados llegaron con los suyos. El joven Ernest tiene uno, y los Jarrow tienen otro. Naturalmente. Amos utilizará el mío.

—¿Quiénes son los otros invitados?

—Ya le digo: los Jarrow y el joven Ernest. Son personas... dignas de toda mi atención. Como usted. Bien, ¿acepta mi invitación?

—Pues... si. ¿Oh, sí, gracias!

—Espléndido. Avisaré a Amos para que prepare el coche, y la acompañe.

—Oh, no es necesario que Amos se moleste, madame Zoila, Puedo conducir yo misma.

—Como guste. No se sorprenda, de todos modos, si cuando llega no encuentra a nadie en la casa. Acostumbramos a retirarnos pronto a nuestras habitaciones... Creo que será mejor que antes de marcharse Amos le enseñe cuál será su dormitorio. Dejaremos la puerta de la casa entornada, y así, si por cualquier causa se retrasa, sólo tiene que entrar, cerrar, y dirigirse a su dormitorio. ¿Le parece bien?

—Sí, sí... Muchas gracias.

—Vamos a buscar a Amos. Debe estar conversando con los invitados en el salón grande...

Salieron de la salita tras apagar los cigarros en el cenicero; cruzaron el vestíbulo, y madame Zoila empujó una doble puerta, dejando visible el salón. Era muy amplio, decorado con sencillez, pero agradablemente. Efectivamente. Amos estaba allí, conversando con tres personas.

La mirada de Mabel Sherman pasó velozmente de una a otra de estas personas. Dos de ellas, indudablemente, eran los Jarrow; un matrimonio, evidentemente, cuya edad debía estar alrededor de los cuarenta. Ambos eran hermosos, vestían bien, se veían personas de calidad..., pero sus expresiones eran de una tristeza increíble, que provocó una incontenible congoja en Mabel. El tercer invitado era el tal Ernest... Debía tener algo menos de treinta años, era muy atractivo, viril, de complexión atlética y poderosa, ojos claros, cabellos rizados... Era un hombre insólitamente atractivo..., pero también había en sus ojos una expresión como de ausencia, de triste ausencia de algo de sí mismo...

—Madame Zoila llamó a Amos, le dio instrucciones, y ella se quedó con los invitados, cerrando la doble puerta. Estaba claro que la médium, en todo caso, prefería dejar las presentaciones para otra ocasión.

Amos acompañó al piso superior a Mabel, y le asignó una de las amplias habitaciones.

—Esperamos más invitados, mañana —dijo—, de modo que si no le importa, señorita Sherman, ocupará usted esta habitación pequeña...

—¿Pequeña? —Se sorprendió Mabel—. ¡Pero si es enorme!

—Bueno, todo es relativo Hay otras más grandes, pero quizá llegue mañana otro matrimonio, y otros invitados. En caso de acumulación de invitados, las habitaciones grandes son ocupadas por dos o tres personas del mismo sexo. Nos ha ocurrido algunas veces. Pocas, pero ha ocurrido. Bien, vamos a buscar las llaves del coche, y luego la llevare al garaje.

Diez minutos más tarde, Mabel Sherman emprendía el regreso a Nueva Orleáns, al volante de un viejo Pontiac que, evidentemente, estaba bien cuidado. Buena suspensión, motor silencioso, nada de ruidos en puertas o engranajes...

Durante el trayecto de un kilómetro desde la mansión a la localidad de Harahan, todo fue normal. Pero, después de haber dejado Harahan atrás, la mirada de Mabel Sherman captó, en el espejo retrovisor, las luces de otro coche que circulaba tras el suyo, a menos de cien metros.

Un extraño escalofrío recorrió la columna vertebral de la bella rubia.

¿Y si estuviese equivocada? Podía haber muchas personas que tuviesen necesidad de llegar a Nueva Orleáns aquella noche, del mismo modo que la tenia ella, y del mismo modo que otras muchas personas se alejaban de Nueva Orleáns... Las luces de los coches que venían de la ciudad resbalaban sobre el parabrisas del «Pontiac»... Pero la mirada de Mabel estaba más atenta al retrovisor que cualquier otra cosa.

El otro coche seguía detrás, siempre a la misma distancia.

Estaba ya prácticamente en Nueva Orleáns, en la localidad periférica de Westwego. Al entrar en ésta, desvió el coche, lo detuvo en una esquina, y, dejándolo allí, regresó hacia la esquina. El coche perseguidor no apareció. Y podía estar segura de eso, pues, aunque no conocía la marca del otro coche, ni su forma ni tamaño debido a que sólo había podido ir viendo sus luces, simplemente no apareció ningún coche. Estuvo esperando dos minutos, tiempo mucho más que suficiente, pero no apareció coche alguno.

«Pues yo no acostumbro a ver visiones», reflexionó Mabel.

Regresó al «Pontiac», maniobró, y regresó a la ruta que la introduciría en Nueva Orleáns..., naturalmente, siempre mirando el retrovisor.

Nadie más pareció seguirla.

Y, finalmente, Mabel Sherman detuvo el coche delante del modesto hotel donde había dejado sus cosas. Todavía, antes de entrar, se aseguró de que no aparecía coche alguno que le recordase, aunque fuese vagamente, al otro, o que pareciese ir tras ella...

No. Ningún coche. Evidentemente, había sido una falsa alarma.

Pero, de todos modos. Mabel no se sentía en absoluto tranquila. Así que lo primero que hizo en cuanto entro en el hotel, fue ir al teléfono de línea privada que había en un extremo del vestíbulo, y llamó al hotel donde, según lo convenido, debía estar James Colbert esperando noticias.

Consiguió contacto con Colbert, inmediatamente.

—¿Jimmy?

—Jimmy, no me gusta esto. ¡No me gusta!

—¿... ?

—Me ha ocurrido algo increíble en la mansión... ¡Se me han aparecido espíritus, me han hablado...!

—¡... !

—¡Estoy tranquila! Bueno, al menos lo estoy ahora. Pero lo que ha ocurrido allí..

—Está bien. No te lo explicaré por teléfono Pero si quiero decirte que esa mujer.. Bueno, no es como había pensado. Me ha estado mirando de un modo raro ¡Y dice que no quiere ayudarme a preguntar... lo que he venido a preguntarle!

—¿... ?

—¡ Porque no quiere saber nada con asuntos de dinero!

—¡... !

—¿Por qué no lo dejamos? Todo esto es absurdo... y muy inquietante. Ella me ha invitado a instalarme allí, desde luego, pero no sé si ir. Estoy de nuevo en Nueva Orleáns, en mi hotel. ¡No sé si volver allá! ¡Lo que me ha ocurrido...!

—¡Ya veríamos si dirías eso si te hubiese ocurrido a ti!

—¡Pero yo no tengo culpa de nada, y no tengo por qué ser... una... una muñeca en tus manos! ¡No quiero saber nada, me mentiste...!

—¡... !

—Está bien —suspiró cansadamente, Mabel —. No hace falta que me amenaces más. Me tragaré el miedo, haré todo lo que pueda... Ya te volveré a llamar.

Mabel colgó el auricular, pidió la llave, y subió a su habitación. Los errores se pagan siempre caros. Y ella lo estaba pagando De momento, prefería a madame Zoila que a Jimmy Colbert, el cual representaba un peligro seguro. ¡Pero aquella casa, los espíritus...! ¿O le habían tomado el pelo?

Mabel se dedicó a recocer sus cosas, lo que resultó fácil y rápido, pues no iba precisamente cargada de equipaje. Abandonó la habitación, pagó al sorprendido conserje, y salió del hotel. Segundos más tarde, emprendía el regreso a Harahan..., sin perder de vista el retrovisor.

Pero no. Esta vez, no tuvo en ningún momento la sensación de que la seguían... lo cual la inquietó casi más que antes, cuando las luces de otro coche se mantuvieron siempre a la misma distancia detrás del Pontiac

El tráfico no había disminuido gran cosa, pese a que ya iba siendo tarde. Pero, después de Harahan, en el recorrido de un kilómetro hasta la mansión de madame Zoila, la cosa cambió, todo se fue serenando. A la derecha veía el reflejo de luces en las aguas del río. Pasó bajo un gran arco de arbolado, en el que antes no había reparado...

La casa apareció, de pronto, y, recordando los comentarios hechos por Amos sobre lo ruidosamente que llegaban algunas personas desconsideradas, la bella rubia paró el motor, y dejó que el coche se deslizase por el último impulso hasta delante mismo de la casa. Tenía que elegir entre hacer ruido o

dejar el coche allí.

Decidió dejar el coche allí.

Salió, cargó con la maleta y el maletín, que en todo momento había tenido a su alcance, y dio un paso hacia la casa.

Arriba, en una ventana, una blanca cortina se movió, el rostro que había estado espiando la llegada de Mabel Sherman desapareció. Mabel quedó quieta, inmóvil, como paralizada por el silencio, como si éste fuese un peso que ella no pudiese desplazar. Desde muy lejos, llegaba el croar de una rana, y eso parecía todo.

Pero, en la espalda de Mabel Sherman, el extraño frío volvió a hacer su aparición. Se estremeció, y sus ojos giraron en todas direcciones... Arriba, la cortina volvió a ocupar su lugar, el rostro volvió a desaparecer.

Mabel Sherman se pasó la lengua por los labios, y continuó caminando hacia la casa. La puerta estaba entornada, en efecto. Cuando puso la mano en el pomo fue como si recibiese una descarga de frío, de aquel frío, que parecía no querer abandonar su cuerpo Empujó la puerta, entró, y cerró tras ella, sin encender la luz. Se quedó apoyada en la puerta, escuchando. Ya no oía nada. A derecha e izquierda tenía ventanales y que dejaban vislumbrar el resplandor de fuera y que proporcionaban iluminación suficiente; más que suficiente para cruzar el vestíbulo y comenzar a subir la amplia escalinata

Lentamente. Mabel Sherman comenzó a mover la cabeza, girándola hacia su derecha, mientras aquel escalofrío la sacudía de pies a cabeza. Cuando vio las manchas blancas flotando junto a ella lanzó una ahogada exclamación, y en su instintivo retroceso tropezó con la maleta...

CAPITULO IV

—No se asuste, señorita Sherman —llegó la voz—Soy yo: Amos.

Con el grito apenas contenido en su garganta, Mabel se quedó mirando las manchas blancas que eran los ojos y los cabellos del negro, relucientes en la lívida claridad que penetraba por las ventanas.

—Dios mío... Amos, no ha debido hacer esto...

—Lo siento, no pretendía asustarla.

Seguramente. Amos se habría sorprendido si hubiera sabido cuánta serenidad había en aquel momento en el ánimo de la bella rubia.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Mabel —. ¿Qué pasa?

—La estaba esperando. Ya comprobé antes que usted es considerada, y he podido comprobarlo de nuevo, pero no podíamos correr riesgos.

—¿A qué se refiere?

—Madame Zoila está de nuevo en trance, con el matrimonio Jarrow, arriba, en su dormitorio. En estas circunstancias, me pareció que debía esperarla, para advertirla y evitar que usted pudiera perturbar la sesión Le subiré la maleta.

El negro se movió. Mabel se apartó, para que pudiera hacerse cargo de su maleta. Estaba sorprendida de su propia serenidad.

—Gracias. Procuraré no hacer ningún ruido Amos: ¿sería posible que yo me incluyese en esa sesión?

—No suele hacerse, señorita Sherman.

—¡Oh!; pero podría... intentarlo. ¡Le aseguro que no ocasionaré trastorno alguno!

—Echaremos un vistazo, y, si es posible, se lo diré. Vamos.

Ninguna luz encendida. Subieron por la escalinata, en silencio. Al llegar al piso alto, Mabel vio un débil resplandor bajo una de las puertas. Amos también lo vio, y murmuró:

—Por favor, no haga ruido...

—Es... una luz extraña...

—Sssst.

Caminaron sigilosamente hacia el dormitorio asignado a la rubia. Amos empujó la puerta, entró, y dejó la maleta en el suelo. Luego se volvió hacia Mabel, a la que podía ver aceptablemente debido al resplandor de la ventana.

—Espere aquí. La avisaré si puede entrar.

Mabel asintió. Fue a dejar el maletín sobre la cama, y luego llevó la maleta sobre una butaca. Regresó junto a la cama, y puso una mano sobre el maletín. Estuvo tentada de sacar la pistolita y esconderla entre sus senos...

—Señorita Sherman —oyó el susurro.

Se volvió. En la puerta vio a Amos, ahora bastante bien, pues era él quien recibía el resplandor de la ventana. Se acercó, y el negro la tomó

amablemente de un brazo.

—He dejado la puerta entreabierta. Por favor, entre en completo silencio, y siéntese en seguida, aunque sea en el suelo.

—Sí... Está bien. ¿Y el joven Ernest? ¿No está en la sesión?

—No. Debe estar durmiendo ya.

Amos tiró del brazo de Mabel, y la llevó ante la puerta bajo la cual habían visto él leve resplandor. Cuando Mabel entró en el dormitorio comprendió por qué el resplandor era tan leve y le había parecido extraño. No era de luz eléctrica, sino de una vela. Pero esto lo vio de momento fugazmente, pues se apresuró a sentarse en el suelo, junto a la puerta, cruzando las piernas.

No parecía que su entrada hubiese perturbado a nadie.

Madame Zoila estaba sentada en su lecho, ataviada con un camisón blanquísimo. Tenía los cabellos completamente sueltos. En la mesita de noche se veía la palmatoria que sostenía la vela.

Los Jarrow estaban de lleno en el ámbito de luz de la vela, ambos sentados sobre una gruesa alfombra colocada a un lado de la cama. El llevaba pijama, y ella una camisa de dormir. Miraban fijamente a madame Zoila, que tenía los ojos cerrados, las manos sobre el regazo, y una sorprendente expresión de paz en sus facciones.

El silencio era absoluto.

Pasó casi un minuto antes de que madame Zoila se moviera, muy levemente, y su sonrisa se dulcificase aún más.

—¿Mamá? —dijo.

La señora Jarrow emitió un gemido, y se llevó las manos al rostro.

—Florrie —gimió—. ¡Mi pequeña Florrie!

—Estoy aquí, mamá.

—Hija mía... ¡Hijita querida!

La voz de la señora Jarrow temblaba de emoción. El señor Jarrow estaba rígido. Mabel los veía a los dos de perfil, y podía captar sus expresiones. Pero, lo que realmente la tenía sorprendida era la voz de madame Zoila... Es decir, no era la voz de madame Zoila la que brotaba de la boca de ésta, sino una delicada voz infantil, una voz de niña.

—Estoy bien, mamá —decía madame Zoila, con la voz infantil —. Pero pronto volveré con vosotros.

—¿Volverás... con nosotros? —murmuró Jarrow.

—¿Papá? Sí, voy a volver... Puesto que abandoné mi cuerpo anterior siendo una niña, puedo volver muy pronto. Sé que voy a volver, y será con vosotros, en cuanto engendréis una nueva vida...

—Florrie... ¡Florrie, hijita! —sollozó la señora Jarrow.

—Estoy muy cerca de vosotros, nunca me he alejado... Pronto volveremos a estar juntos si vosotros queréis...

—¡Florrie!

—Mamá, si tenéis un hijo... ese hijo seré yo... Ahora tengo... que...

marcharme...

—Florrie... ¡Florrie!

Madame Zoila ya no emitió voz alguna. Parecía... una estatua de madera. Si, de madera.

La señora Jarrow miró a su marido, que miraba a la médium con expresión desorbitada, y le tocó en un brazo. El la miró, y entonces ella se tendió en la alfombra.

Harry Jarrow movió la cabeza.

—Norma, ¿qué haces? Volvamos a nuestro cuarto, y allí...

—No. Florrie está todavía aquí... ¡No dejemos que se vaya! Engendremos el hijo, ahora... ¡Ahora mismo!

—Vamos, Norma, eso no...

Norma Jarrow emitió un gemido desesperado, y acarró a su marido y lo atrajo, derribándolo junto a ella sobre la alfombra.

Sentada tan inmóvil como madame Zoila, Mabel asistía a la inesperada, y sorprendente escena. La comprendía perfectamente, desde luego es decir, comprendía los anhelos de la señora Jarrow: había oído la voz de su hija, estaba convencida de que el espíritu de la niña estaba allí, y, puesto que cuando ella engendrase nueva vida la pequeña Florrie le había asegurado que sería ella, quería hacerlo antes de que el espíritu se marchase...

¿Era posible todo aquello?

¿Tenía sentido lo que estaba haciendo Norma Jarrow?

Lo tuviese o no. lo estaba haciendo. Había conseguido que su marido reaccionase, abrazándolo de tal modo que, para soltarse, Harry Jarrow tendría que haber recurrido a la violencia, lo que no parecía que fuese a suceder.

Como fascinada, Mabel presenció el trajín que se traían los Jarrow. Norma y Harry parecieron volverse locos. Ni siquiera se habían dado cuenta de que Mabel Sherman estaba allí.

Esta miró a madame Zoila, y la vio con aquel aspecto de estatua de madera. Todavía quedaba en su rostro un rastro de aquella dulce sonrisa infantil, pero se iba desdibujando lentamente, lentamente

La mirada de Mabel volvió hacia los Jarrow, que estaban fuertemente abrazados.

Ya no veía nada, pero era suficiente oír para saber paso a paso lo que estaba ocurriendo. Le parecía que aquello no era real, que ella no estaba allí, viviendo aquella escena, aquella situación.

La rubia volvió a cerrar los ojos cuando llegaron hasta sus oídos las palabras de la señora Jarrow, y otro suspiro de ella.

—¿Ves? —Susurró Norma—. ¡Así es seguro que hemos atrapado su espíritu!

—Norma, no hemos debido...

Madame Zoila emitió un extraño ronquido que sobresaltó a los Jarrow y a Mabel. Los Jarrow deshicieron su abrazo, y se sentaron, mirando vivamente a madame Zoila, cuyas facciones tenían, ahora, una cierta

expresión tensa... Fue entonces cuando parecieron percatarse de la presencia de Mabel. Se quedaron mirándola estupefactos, y de pronto Norma Jarrow enrojeció visiblemente. De la boca de madame Zoila brotaban palabras que Mabel no podía entender. Los Jarrow se pusieron en pie, ella recogiendo su camisón, y salieron rápidamente del dormitorio, pasando junto a Mabel sin mirarla. Evidentemente, habían creído hallarse a solas con madame Zoila, la cual, en estado de trance, no podía captar nada de la realidad de seres vivientes que habían a su alrededor.

O así se suponía, porque, aparentemente ajena a lo que ocurría en su dormitorio, madame Zoila continuaba diciendo cosas que Mabel no entendía. Su voz era, ahora, profunda, un tanto ronca, y, poco a poco, la bella rubia fue distinguiendo las palabras:

—...Muerte... alrededor muerte...

—Mabel se quedó mirando fijamente a madame Zoila. ¿Qué estaba diciendo de muerte?

—Hermanos —cambió bruscamente la voz de Zoila Zom—, ¿qué deseáis de mí?

Sin pensarlo dos veces, Mabel decidió que había llegado el momento de obtener resultados de su estancia en aquella mansión.

—Deseo comunicación con Steve Hagard —dijo resueltamente, pero con voz suave.

Zoila Zom emitió otro ronquido, se estremeció. Por su rostro pasó una expresión de rechazo.

—Hermanos, ¿qué deseáis? —insistió, con una voz que, ciertamente, no era la suya.

Mabel Sherman no desistió:

—Quiero comunicación con el hermano que se llamó Steve Hagard en la Tierra —insistió a su vez.

De nuevo se estremeció Zoila Zom, otra vez pasó por su rostro la expresión de rechazo. Mabel se acercó un poco más, para poder observar mejor el rostro de la médium.

—Necesito a Steve Hagard —dijo—, para saber quién le asesinó, y dónde está el dinero.

El gesto de Zoila Zom fue en verdad brusco esta vez. Su boca estaba ahora cerrada herméticamente. Mabel se acercó otro poco más.

—Steve —llamó—, ¿estás aquí? Necesito hablar contigo, tienes que decirme quién te mató y se llevó el dinero que había robado la banda... ¡Tienes que decírmelo!

—Nooo —resonó cavernosamente la voz de la médium—. No, no... ¡No! Me retiro..., me... retiro...

—Steve —machacó Mabel—. Steve, son más de setecientos mil dólares... ¡Tienes que decírmelo!

—Ya me... re...ti...ro...

—Pareció que a Zoila Zom la sacudiese una potentísima descarga

eléctrica. Emitió otro de aquellos profundos ronquidos, se relajó bruscamente, y la cabeza le cayó blandamente sobre el pecho. Su respiración se hizo reposada, lenta, acompasada. La médium movió las manos, y comenzó a pasárselas por el rostro como si estuviera lavándoselo. Un profundo suspiro de cansancio brotó de su pecho.

Mabel se puso en pie, y salió rápidamente del dormitorio. En el momento en que salía al pasillo, restalló el primer relámpago, que lo llenó todo de una luz lívida procedente de las ventanas del vestíbulo. Mabel quedó como clavada al suelo, por los pies. Llegó el estruendo del trueno, y acto seguido brilló otro relámpago. Cuando la luz de éste cesó, Mabel volvió la cabeza, a tiempo de ver cómo la luz de la vela desaparecía.

Y eso fue todo.

En seguida, comenzó a oír el rumor de la lluvia. Abajo, en el vestíbulo, la claridad exterior que antes había proporcionado una cierta iluminación, había desaparecido. La oscuridad era total, ahora. El rumor de la lluvia era denso.

Mabel caminó en las tinieblas, secura de que encontraría la puerta de su dormitorio. Sus manos tocaron la pared, se deslizaron por ésta, y muy pronto tocaron el marco de la puerta. Descendieron hacia el pomo, lo hicieron girar, empujaron... Mabel entró en el dormitorio, cerró la puerta... y de pronto, se sintió rodeada por algo que llegó por detrás de ella, y notó la presión en su busto al tiempo que oía la voz quejumbrosa:

—¿Por qué has tardado tanto, Eveline?

CAPITULO V

Mabel se quedó inmóvil. Por un instante, pareció que también el terror rodease su cuerpo, paralizándolo, pero en seguida comprendió que la voz era humana, de ser vivo. Simplemente, tenía tras ella a un hombre que la estaba abrazando. Notaba la presión de las manos que parecían querer apoderarse de toda ella. Nada de espíritus. Era un hombre, lo que tenía detrás. Y no iba a asustarse.

—Te he visto llegar con el coche —dijo la voz—. ¿Por qué has tardado tanto en llegar a mi dormitorio? ¡Oh, Eveline, mi vida...!

Las manos que la oprimían le hicieron dar la vuelta, y. en la oscuridad, una boca buscó y encontró la boca de Mabel Sherman. Afuera, la oscuridad era total ahora, y el rumor de la lluvia llegaba como un sordo tamborileo. La lengua del hombre buscó la lengua de Mabel en la boca de ésta, que se crispó un instante.

La boca del hombre se apartó. Mabel volvió a notar las manos de él, ahora en su cintura, y en seguida, una sobre su espalda.

—¿Qué te pasa? —preguntó él —. Soy yo, soy Ernest. ¿Por qué rechazas mi beso? ¿Dónde has estado?

Se había equivocado de dormitorio.

Mabel Sherman tuvo que admitir que ella se había equivocado de dormitorio. Simplemente, en la oscuridad, había encontrado una puerta, había creído que era la de su dormitorio, y había entrado... , para encontrarse, ahora lo sabía, entre los brazos del joven Ernest.

Recordó su hermoso rostro, su expresión de tristeza.

—¿No me contestas, Eveline? ¿Dónde has estado?

—Bueno —murmuró la rubia—. Estuve... haciendo cosas...

—Está bien. No me importa... Prefiero esto a cualquier otra cosa. Ven... Ven a la cama.

Está lloviendo, mi vida. ¿Tienes frío?

—No... No.

—Ven a la cama.

—Estoy... estoy cansada...

—¿Has estado con Randy?

—¿Con quién? —se sorprendió Mabel.

—¡Con él! —Jadeó Ernest—. ¡Con Randy Stoke!

—No... Claro que no, Ernest... No.

—¡Me estás volviendo loco! ¡Casi preferiría que fuese verdad lo que he soñado...! Sí, ha tenido que ser un sueño, puesto que estás aquí... ¡Pero preferiría que hubieses muerto de verdad en el accidente, con Randy! ¡Preferiría que el sueño fuese realidad!

—Me estás lastimando —murmuró Mabel —. Y por favor, deja que me retire.

—¡No! ¡Quiero que estés así, junto a mí! ¡Acarícíame!

Ernest seguía abrazando a Mabel. En la ventana, la lluvia tenía, de cuando en cuando, un inesperado brillo...

—Me estás haciendo daño, Ernest.

—¿Y tú? ¿Acaso tú no me has lastimado a mí en el sueño? El accidente... Me avisaron, y fui corriendo allí. Estabais los dos en mi coche... ¡En mi coche, con el que habías dicho que ibas a no sé qué reunión de amigas! Pero fuiste a buscarlo a él, ¿no es cierto? He soñado que os veía a los dos juntos en el coche destrozado en el barranco. ¿Por qué? ¡Pues porque mientras tú conducías mi coche, él iba besándote...! ¡Mi angelical y adorada esposa...! ¿Cuántas veces lo había hecho antes? ¿Cuántas veces te acostaste antes con él? ¡Quiero...!

—Ernest... Ernest ha sido sólo un sueño, ¿no?

—No lo sé... Si ha sido un sueño... ¿qué hago yo aquí? ¿Por qué he venido a esta casa, en busca de de una explicación? No sé quién me dijo que viniera, y que preguntase por ti... Tú aparecerías, y yo entonces te lo preguntaría: Eveline, mi vida, ¿qué hacías en mi coche con Randy Stoke...? Se reirán todos de mí... ¿Qué habías de hacer, sino ir con él? ¿Qué otra explicación podía haber? Seguramente, acudías a su encuentro, ¿no es así? ¿Acaso no tenías bastante conmigo? ¡Ramera! ¿Por qué lo hiciste? Yo te amaba tanto... Y te encontraron en mi coche con otro hombre.. ¡Con Randy Stoke, el guapo y fascinante Randy! Pero yo no quería creer lo que todos decían, así que fui en busca de alguien que pudiera ponerme en contacto contigo, para preguntártelo a ti: ¿me engañaste? —No... No. Ernest.

—¡Sí! Claro, no he conseguido contacto con tu espíritu porque estás viva... Así que no he podido preguntarle a tu espíritu por la verdad, para librarme de esta tortura... ¿Debo sufrir por tu muerte..., o debo alegrarme, si fuiste una ramera asquerosa? ¡Dímelo tú, Eveline, dímelo tú, que sabes la verdad!

—Te digo la verdad: no te he engañado Además, todo ha sido un sueño, querido. —Sí... Un sueño... Entonces, no tengo que preguntar a nadie, ni siquiera a tu espíritu, si me engañabas. ¡A mí, que tanto te amo, Eveline, mi vida!

—No... No te engaño. Ernest.

—Está bien. Vamos a olvidar el sueño terrible ¿Dónde has estado hoy? ¿Por qué has vuelto tan tarde?

—Bueno, tuve varias cosas que hacer...

—Pero hace rato que has vuelto. ¿Qué has estado haciendo en la casa antes de venir aquí?

—Sólo he estado unos minutos con madame Zoila.

—Madame Zoila...

—¿No sabes quién es? ¿No sabes dónde estás, Ernest?

—Oh, sí... ¿Y qué has hablado con madame Zoila?

—Ernest, de verdad... Me estás haciendo daño.

—No me importa hacértelo.

—Te lo ruego, cálmate. Ernest, me estás tratando como si yo fuese una cualquiera... No tienes que hacerlo así. Soy tu esposa, ¿recuerdas?

—Pero eres la amante de Randy.

—No. no... Ha sido todo un mal sueño tuyo. Vamos, querido, sé delicado conmigo, sabes muy bien que no me gustan las brusquedades. Si deseas algo de mí, lo tendrás... pero dulcemente. Por favor.

—Sí... Si. Eveline... ¡Sí!

Mabel quedó libre. Las manos de Ernest rodearon su cintura ahora, pero con delicadeza. En la oscuridad, las bocas volvieron a encontrarse; es decir, la de Ernest buscó la de Mabel, y la encontró. Pero ella apretó los labios, y cuando él se apartó de nuevo, con gesto tenso, ella murmuró cariñosamente:

—Estaremos mejor así.

—Sí,.. ¡Es cierto, mi vida!

Caminaron en la oscuridad hasta tropezar con la cama. Mabel notó las manos de Ernest buscando en su pecho, y rió dulcemente.

No se oía el roce de la ropa, porque afuera la lluvia era cada vez más intensa. Era una noche en verdad tenebrosa, inquietante. La situación no podía ser más irreal; es decir, no podía parecer más irreal, pero era absolutamente real.

Mabel quedó muy pronto desnuda, y notó, ahora, las ansiosas caricias de Ernest. ¿Estaba con un loco? Todo parecía indicar que sí, de modo que tenía que ir con cuidado, hacer las cosas con inteligencia. Ella no estaba allí para poner furioso a un loco, o para matarlo, cosa que podía hacer fácilmente, y que no lo quería hacer... , de momento. Encontraría otra solución, estaba segura.

—Eveline, ¡qué hermosa eres!

—Ni siquiera puedes verme —rió ella.

—¡Oh, pero sé cómo eres!; siempre estás en mi pensamiento...

Mientras hablaba, Ernest la empujó.

Mabel notó en seguida como otra vez su boca se apoderaba de la suya. Muy bien, ¿qué importancia tenía? Ella no era precisamente una virgen inocente, había vivido lo suyo..., aunque no se sentía satisfecha de eso en absoluto, desde luego. Si, cuando todo aquello terminase, se iría muy lejos de todos aquellos hombres con los que nunca debió relacionarse...

Mas... , ¿qué estaba ocurriendo?

Su mente se había desconectado de su cuerpo durante unos segundos, pero se conectó de nuevo. Otra vez Ernest la estaba besando. Pero notaba algo más, que se había producido en aquellos segundos de desconexión mental: notaba que él se había apoderado de ella. Lo sentía plenamente.

Y de pronto, se dio cuenta también de que esto no la molestaba, de que no sentía la misma sensación de rechazo que con Jimmy, y como otras veces... De pronto, se dio cuenta de que estaba bien, de que todo iba bien...

Rodeó con sus bracitos el cuello de Ernest, y devolvió el beso.

Notó el estremecimiento de él, que apartó su boca a los pocos segundos, y susurró:

—Eveline...

—Sí, mi amor —suspiró ella, con toda naturalidad.

—¡Te he esperado tanto!

—Pues ya estoy contigo. . No puedo estarlo más..

Era cierto.

—¿Eveline?

—Sí, mi amor —suspiró.

—Te amo.

—Yo también.

Ernest la abrazó, y al poco, Eveline supo que se había dormido. Estuvo tentada de quedarse allí toda la noche, pero no le pareció oportuno, no tenía que complicar las cosas en aquella casa. Se desasió del abrazo de él, salió de la cama...

«Voy a encender la luz para verlo bien», pensó.

De pie junto a la cama, todavía vaciló unos segundos. Podía ser peligroso encender la luz, quizá él despertase...

Se decidió.

Caminó con los brazos extendidos, y sus manos fueron a tocar la puerta. Luego se deslizaron en busca del interruptor. Lo accionó.

Clic.

Clic, clic, clic.

La luz no se encendía.

Probó de nuevo varías veces.

Oscuridad total. Afuera, la lluvia en la noche tenebrosa.

Mabel Sherman estuvo inmóvil unos segundos, todavía con una mano tocando el interruptor. Luego, la bajó, buscó el pomo de la puerta, y lo movió... temiendo algo, no sabía qué. Sí, temía que no pudiese abrir la puerta..

Pero se equivocó. El pomo cedió, tiró de la puerta, y ésta se abrió. Salió al pasillo, y lo recorrió hasta donde comenzaban las escaleras. Allí se volvió. Ahora podría orientarse bien, no como cuando había salido del cuarto de madame Zoila. Desde allí, llegaría a la puerta de su dormitorio. La tercera.

Comenzó a caminar. Una puerta. Dos. Tres puertas. Aquélla sí era la de su habitación, sin lugar a dudas. Movió el pomo, empujó, entró, cerró. Entonces buscó el interruptor y lo accionó.

Clic.

Clic, clic, clic, clic, clic...

La luz no se encendía.

Quedó inmóvil. Seguía el sonido de la lluvia..., y el frío del agua fue como si llegase hasta el cuerpo de Mabel Sherman.

«No debo caminar desnuda por aquí —reflexionó—. He debido recoger mis ropas del cuarto de Ernest. Pero no me gusta esto. Puede ser una

avería..., y puede no serla.»

Se dirigió hacia la cama, donde había dejado el maletín. Ya basta de tonterías. No iba a andar más por aquella casa sin su pistola. Llegó junto a la cama, tanteó..., y no tocó el maletín. No estaba el maletín donde ella lo había dejado.

Pero había algo... Algo que ella no había dejado allí. Tardó muy poco en identificar lo que era aquello.

Era un pie. Un pie humano. El tobillo. La pierna... Fue subiendo, llegó al vientre, subió hacia el pecho Sus manos tocaron algo líquido. Un líquido apenas tibio, denso y pegajoso.

Sangre.

Sí, aquello sólo podía ser sangre. Con las yemas de los dedos fue tocando el tórax del hombre. Había varios puntos en los que notó la sangre.

Se limpió los dedos en las ropas de la cama, y tocó entonces el rostro del hombre. Estaba frío. Tocó sus cabellos, densos, ensortijados; como alambres. Amos Aquellos cabellos sólo podían ser de Amos. Amos estaba muerto en su cama. ¿O no estaba muerto? Tocó su cuello. Nada, ni un latido... ¡Y aquella frialdad...!

De alguna parte de la casa llegó un rumor que no supo identificar. No supo si fue una voz humana, un ruido cualquiera, un golpe contra algo, un grito Se quedó inmóvil, escuchando, pero el ruido, fuese lo que fuese, no se repitió.

«Algo está sucediendo en esta casa

Volvió a tantear sobre la cama, en busca de su maletín, pero no estaba allí. Y ciertamente, el maletín no podía haberse marchado volando. Se lo habían llevado. Se lo había llevado la misma persona que había matado a Amos. A balazos, desde luego. Había alguien en la casa que tenía una pistola con silenciador.

Y ella había quedado desarmada.

No era una situación envidiable, ciertamente. Y por supuesto, no pensaba seguir el juego en aquellas condiciones. Lo mejor que podía hacer era vestirse y marcharse de allí... , de momento. Luego, ya decidirían, con Jimmy, lo que convenía hacer.

Eso iba a hacer. Y ni siquiera tenía necesidad de volver al cuarto de Ernest a recoger las ropas que había dejado caer al suelo Tenia más ropa en su maleta, naturalmente.

Sólo que... tampoco la maleta estaba donde ella la había dejado, sobre la butaquita. Bueno había dos butaquitas en el dormitorio, así que, aunque no solía desorientarse hasta tal extremo, pensó que quizá la había dejadlo sobre la otra.

Pues no. Encontró la otra butaquita, pero la maleta no estaba sobre ella.

Resumiendo: estaba desnuda, desarmada, y se habían llevado todas sus cosas.

Estaba desnuda en una casa grande..., en la que alguien había matado a Amos. Alguien que todavía debía estar en la casa, buscando algo. Alguien que no vacilaba en matar, bien claro estaba

«Tengo que vestirme —se dijo—. Estoy cogiendo frío...»

Salió del dormitorio, volvió al extremo del pasillo, y se dirigió, directa, hacia el de madame Zoila. Desde allí, caminó como lo había hecho la vez anterior, encontró la puerta que debía corresponder a la de Ernest, y entró.

Probó de nuevo la luz. Nada.

Caminó hasta tocar la cama, se inclinó, y tanteó en el suelo... ¡Menos mal! Allí estaban sus ropas. Se las puso rápidamente, sin ninguna dificultad, en la oscuridad.

En el momento en que se disponía a dirigirse hacia la puerta, hubo un relámpago fulgurante entre la lluvia, muy lejos; seguramente en un lugar en el que todavía no estaba lloviendo... Y a esta inesperada y lívida luz. Mabel Sherman vio la cama de Ernest, vacía.

Vacía.

El relámpago desapareció. Continuó oyéndose el rumor denso y poderoso de la lluvia en la noche tenebrosa. Mabel permaneció inmóvil unos segundos. Seguramente, la vista le había jugado una mala pasada, quizá el relámpago la había deslumbrado... ¡Podía haber pasado cualquier cosa que, de un modo u otro, hubiese afectado su visión! Lo que significaba que Ernest continuaba en la cama, naturalmente.

Pero no. Ernest no estaba en la cama, de lo cual se convenció cuando buscó en vano su cuerpo sobre aquélla. No hacía falta buscar demasiado el cuerpo de un hombre de metro ochenta por lo menos y unos ochenta kilos de peso. No se trataba de un cigarrillo, sino de un hombre.

Y el hombre no estaba.

El terror que hasta entonces Mabel Sherman había conseguido ir dominando, estalló de pronto. Notó cómo sus cabellos parecían convertirse en alambres clavados en su cabeza, y cómo su fino vello se erizaba en todas partes, y cómo su carne parecía encogerse, como si de pronto se congelase tanto, que incluso le dolió. El grito estaba a punto de brotar de su boca cuando Se llevó las manos a ésta, y las mordió, con tal fuerza que se hilo sangre. No gritó, pero notó el sabor de su propia sangre en la boca, y esto le ocasionó otro repeluzno de miedo, y el miedo provocó otro grito que tuvo que contener también mordiéndose las manos, aumentando su dolor en éstas. De pronto, comenzó a temblar violentísimamente. Y en alguna parte, notó algo caliente. Sí, algo caliente... En sus piernas.

¡Se estaba orinando de miedo!

Quedó petrificada, notando el deslizarse del líquido, sintiendo el más profundo miedo de su vida. Se dio cuenta de que ya no orinaba. Movió los pies, y notó el chapoteo.

«Tengo que serenarme» —se dijo, con un esfuerzo mental que casi la aturdió—. Tengo que serenarme completamente, tengo que dominarme,

controlarme como he estado haciendo hasta ahora. ¡Si no lo consigo, jamás saldré de aquí, también me matarán! Tengo que serenarme, tengo que serenarme, tengo que serenarme... »

CAPITULO VI

«Estoy completamente serena —se dijo Mabel—. No tengo el menor miedo, pese a la situación. Sé muy bien que yo resolveré cualquier problema. Veamos: ¿qué tengo que hacer, ahora?»

En realidad, tenía varias alternativas, pero las dos que le parecieron más razonables y lógicas fueron éstas: una. ir a ver a madame Zoila y ver de salir convenientemente de aquella situación, consiguiendo lo que había ido a buscar allí: dos, salir de la casa inmediatamente, ir a buscar a Jimmy, decirle lo que había ocurrido, y tomar nuevas medidas. O abandonar definitivamente aquella maldita idea de Jimmy.

Muy bien: ¿por qué correr riesgos inútiles? Si alguien quería matarla a ella, lo tenía relativamente fácil, considerando que disponía de una pistola y le había quitado la suya; por otra parte, ni siquiera sabía a quién se enfrentaba. ¿Madame Zoila? No parecía que fuese ella, puesto que había matado a su fiel servidor, el negro Amos. Tampoco parecía que pudiese ser Ernest el asesino, pues había estado con ella mientras alguien mataba a Amos... ¿O quizá Ernest había matado a Amos mientras ella estaba con madame Zoila? Podía ser...

Si, podía ser... Quizá Ernest fue al cuarto de ella mientras estaba con madame Zoila, viendo a los Jarrow en su locura; y cuando Ernest se disponía a llevarse su maleta y su maletín, llegó Amos... y Ernest lo mató.

Luego se fue a su cuarto con la maleta y el maletín de ella, y... ¿Y qué? Si quería hacerle daño a ella, Ernest había tenido una ocasión magnífica. En cambio, parecía un pobre desdichado enamorado de una mujer llamada Eveline..., y que al parecer, en la realidad, se había matado en un accidente de coche en compañía de su amante, llamado Randy Stoke; hecho que había obsesionado, incluso trastornado a Ernest, que había ido a casa de madame Zoila para que ésta lo comunicase con Eveline para preguntarle qué hacía en el coche con Randy Stoke... ¡Pobre Ernest! Y. además, el guapo Ernest había desaparecido. No, él no podía tener nada que ver con lo que ocurría allí.

Quedaban, pues, solamente los Jarrow.

¿Posible?

El ceño de Mabel se frunció. No le pareció posible. Los Jarrow tenían que ser lo que decían ser lo que parecían ser: unos padres angustiados por la pérdida de su hijita Florrie, y que llegaban a cualquier extremo con tal de conseguir que ella volviera. ¡Santo cielo, ¿dónde se había metido?!

Bien, se hubiese metido donde se hubiese metido, cierto era que la solución más aparentemente razonable, era salir de allí.

Así pues, fue a la puerta del dormitorio, la abrió, y salió al pasillo. Al cerrar la puerta le pareció que de nuevo quedaba metida como en el interior de una caja sobre la cual retumbaba la lluvia.

«No será fácil que olvide esta noche...»

Llegó al extremo del amplio pasillo, e inició el descenso de la

escalinata. Veía frente a ella, y abajo, las formas de las dos ventanas, grandes y un poco altas. Parecía que la lluvia reflejase en algunos momentos brillo de luces que procedían de alguna parte que no podía determinar.

Llegó al pie de la escalinata, cruzó el vestíbulo, llegó a la puerta, localizó la manilla, la bajó... Sólo bajó a medias. Y lo que ocurría fue comprendido inmediatamente por Mabel Sherman: la puerta había sido cerrada con llave... Probó de nuevo, pero sabiendo ya que era inútil. Y desde luego, no era una puerta que se pudiese derribar a golpes, ni mucho menos...

—Hermana, ¿quieres marcharte? —llegó una voz.

Mabel dio un tremendo salto, que la alejó de la puerta: cayó de manos y rodillas, y acto seguido rodó hacia su derecha, quedando enseguida inmóvil, boca abajo, mirando a todos lados aprovechando el levísimo resplandor del brillo de la lluvia; apenas nada, en realidad. Sus ojos estaban muy abiertos, el corazón latía con fuerza.

Serenidad, Mabel», se recordó a sí misma.

—¿Dónde estás, hermana? —se oyó de nuevo la voz desconocida.

Mabel Sherman no se movió. Y por supuesto, ni se le ocurrió contestar.

—¡Ja, ja, ja, ja...! —sonó la risa estentórea—. ¿Acaso tienes miedo de los espíritus, hermana?

Durante más de dos minutos, Mabel permaneció inmóvil. Luego, muy despacio y silenciosamente, comenzó a desplazarse hacia la derecha. Como los espíritus que buscaban el buen camino... Divertida idea. Se detuvo para escuchar, pero no oyó nada. Ni siquiera podía situar el lugar exacto desde el que había llegado la voz. ¿Conocía aquella voz...? Estuvo unos segundos pensando en ello. ¿La conocía? ¿Era de alguien de aquella casa, o...?

—¡Los espíritus del Mal han llegado! —La sobresaltó otra vez la voz —. ¡Temblad, seres camales! ¡Ja, ja, ja, ja!

Mabel reanudó su desplazamiento hacia la derecha, despacio, muy despacio, sigilosamente. Su mano derecha tocó la pared. Desvió la marcha, y en seguida, desplazándose siguiendo la pared, llegó ante la puerta. Tocó la madera. Se puso de rodillas, buscó el pomo, lo encontró, y lo movió, despacio... Despacio. Empujó la puerta, y entró en la salita de madame Zoila caminando de rodillas. Una vez dentro, cerró la puerta.

El teléfono.

Había visto allí un teléfono...

Cerrados los ojos, su mente se convirtió en una fotografía, recordando la posición de todo lo que había visto cuando estuvo allí por la tarde.

Situó el teléfono, se puso en pie, y fue hacia donde, según sus cálculos, debía estar el aparato.

Y estaba.

Lo descolgó, con todo cuidado, en completo silencio. Un silencio lógico, justificado: cuando se colocó el auricular en el oído, no oyó nada.

La línea había sido cortada.

Siempre silenciosamente, colocó de nuevo el auricular en el soporte.

Dio un paso hacia la puerta, y el levísimo sonido de sus zapatos en el suelo la sobresaltó. Se quitó los zapatos, y continuó caminando hacia la puerta... , tras la cual su finísimo oído captó el leve sonido en el suelo.

En el mismo momento en que la puerta comenzaba a abrirse, Mabel Sherman quedaba agazapada detrás del sofá. Notó perfectamente el cambio de ambiente dentro de la pieza, al quedar abierta la puerta. La voz resonó con toda claridad:

—Mira lo que tengo ahora, hermana.

Apareció la luz. ¡Una linterna! El rayo de luz pasó por encima del respaldo del sofá, y fue a la pared de enfrente a la puerta. El resplandor, en realidad muy discreto, le pareció a Mabel un auténtico deslumbramiento, comparado con la oscuridad en la que se había estado moviendo tanto rato.

Oyó un rumor de algo en el suelo. Los pies del hombre. Se estaba moviendo. El rayo de luz se fue desplazando... Mabel sabía que el hombre tenía una pistola. Sí, debía tener la linterna en la mano izquierda, y la pistola en la mano derecha. Si la veía, dispararía contra ella, naturalmente. ¿Y cómo no había de verla? Sólo tenía que ir desplazándose, con precauciones, y en cuanto asomase por un lado del sofá, la vería. Y entonces...

—¿No estás aquí, vieja bruja? —preguntó el hombre.

Mabel se sorprendió un instante. Sólo un instante, parque comprendió, acto seguido, que el hombre la estaba confundiendo con madame Zoila. La había oído, quizá la había entrevisto como una sombra en cualquier momento..., y su conclusión era la de que la mujer que había oído o entrevisto al brillo de la lluvia era Zoila Zom.

—Yo creo que sí estás aquí... Has debido venir para pedir ayuda por teléfono, ¿verdad? Pero el teléfono no funciona... ¿Lo has comprobado ya?

La luz se iba desplazando Mabel miraba a todos lados, en busca de alguna solución. Podía saltar de pronto contra el hombre, desde luego, pero éste sólo tenía que apretar un gatillo, y el asunto quedaría fácilmente zanjado a su favor.

De pronto, la mirada de Mabel quedó fija en una de las patas del sofá. Era la delantera de la izquierda, cerca de la cual iba llegando al desplazarse a medida que lo hacía la luz de la linterna por el otro lado.

La pata del sofá. Como empotrado en ésta había un botón del mismo color que la tela. ¿O eran visiones debido a la insuficiencia de luz? De nuevo su mente retrocedió, fotografió la escena... Sí, cuando ella se sentó allí. Amos había estado cerca de la pata del sofá... Tan cerca que con un pie, tranquila y disimuladamente, había podido alcanzar aquel botón..., si es que era un botón.. Mabel miró el suelo, allá donde se estaba apoyando, y vio las tablillas nuevas en el parquet: formaban una raya recta que iba hacia su espalda, hacia la pared de enfrente de la puerta...

¿Qué ocurriría si ella apretaba aquel botón? Si era algo eléctrico, no funcionaría, claro. Pero... ¿y si funcionaba con pilas, o un sistema aparte de

energía, o...? Apretó el botón. Y no sucedió nada.

La luz se había detenido, no se movía. Se oyó el golpe contra uno de los sillones, que fue desplazado

—Hermana, ¿estás detrás del sofá? ¡Si, estás detrás del sofá! —Rió el hombre—¡Vamos a ver si es...!

El fulgor apareció de pronto, en dirección a la puerta. Se oyó el fuerte respingo del hombre y en seguida un sonido inconfundible: ¡plop!

—Pero ¿qué...? —jadeó el hombre.

—¿Dónde estoy, adónde voy? —preguntó la voz; y tras una brevísima pausa —: Hermanos..., ¿me habéis llamado? ¿Me habéis llamado?

El hombre lanzó una exclamación. Mabel se colocó en el extremo del sofá donde estaba el botón, apoyó las manos en el muelle, y lo empujó con todas sus fuerzas, desplazándolo violentamente. Oyó el grito del hombre, notó el encontronazo, vio cómo la luz de la linterna parecía girar alocadamente, apuntaba al techo... Mabel se puso en pie, y salió disparada hacia la puerta de la salita, saliendo de ésta en un instante.

Tras ella oyó una maldición, y acto seguido la otra voz, mucho más reposada y amable:

—Hermanos..., ¿qué queréis de mí?

Como una exhalación. Mabel cruzó el vestíbulo, llegó a la escalinata, y subió unos cuantos peldaños haciendo el ruido que pudo con sus pies descalzos, incluso lanzando una exclamación de miedo... Inmediatamente, y ya en silencio, bajó de nuevo al vestíbulo, y corrió hacia la doble puerta del salón, empujó una hoja, entró, y volvió a cerrar, casi completamente. Por la rendija, vio aparecer la luz de la linterna, de nuevo debidamente manejada, y detrás de ella la silueta de un hombre.

Y por detrás del hombre, la voz:

—La paz del Señor sea con vosotros.. Hermanos, estoy perdido: encaminadme, os lo ruego.

—Ve hacia tu izquierda —se oyó otra voz.

—No, no —sonó otra voz—. Hermano, mira hacia tu derecha, y verás allí el resplandor del buen camino, que te llevará hasta el Santo Padre Celestial

—¡Ja, ja, ja!

La voz del hombre de la linterna sonó con más fuerza que las otras:

—¡ La pula que te parió, bruja...! ¡Vas a ver!

Evidentemente, había oído el ruido anterior en la escalinata, porque la luz se desplazó velozmente hacia ésta. Por la rendija de la puerta del salón, Mabel Sherman vio el haz de luz apuntando hacia arriba, y, detrás, la silueta del hombre, subiendo rápidamente, mientras abajo seguían oyéndose las voces:

—¿Dónde estoy, adónde voy?

—Ve hacia tu derecha, hermano.

—¡No1 ¡Hacia tu izquierda! ¡Ja, ja, ja...! ¡Hacia tu izquierda, ése es el

camino!

Luego comenzó a oírse el llanto manso y rebosante de congoja estremecedora.

Mabel cerró la puerta del todo, y se apoyó en la madera. En su frente había unas gotitas de fino sudor. ¿Había sólo un asesino en la casa, o varios?

Si era uno solo, podía intentar algo; podía atacarle, sin la menor duda. A fin de cuentas, era sólo un hombre. No importaba que tuviese una pistola... No. la pistola no importaba. Lo peligroso, realmente, era la linterna. En la oscuridad, podía sorprender al hombre, golpearlo, o buscar un cuchillo en la cocina y clavárselo... Podía hacer esto perfectamente. Pero si él la oía sólo un segundo antes del ataque, y la localizaba con la luz de la linterna, las cosas serían muy diferentes: él podía disparar..., y no hay nada más veloz que una bala.

¿Dónde estaba Ernest? ¿Y dónde estaba madame Zoila? Estaba claro que si el hombre de la linterna la buscaba era porque no la había encontrado en su dormitorio. Entonces, ¿dónde estaba la médium? ¿Tenía algo que ver con la desaparición de Ernest? ¿Se habían escondido los dos después de percatarse del peligro, de la presencia del hombre de la linterna? Si, podía ser esto: quizá madame Zoila se había enterado de la muerte de Amos, quizá había visto u oído algo...

Las cosas parecían no tener sentido, pero Mabel sabía perfectamente que debían tenerlo.

¿Qué era lo más importante y urgente, en aquella situación? La respuesta no podía ser más clara y contundente: eludir el peligro, esquivar el peligro de muerte. Luego...

Ella había dejado el «Pontiac» delante de la puerta de la casa. ¡Y había dejado las llaves en el coche! Pero la puerta de la casa estaba cerrada... Muy bien: ¿acaso una casa como aquella sólo tenía una puerta? Debía haber como mínimo otra, en la parte de atrás, donde estaba la cocina. Pero Mabel Sherman no tuvo la menor duda de que también encontraría cerrada aquella puerta.

¿Y las ventanas?

Las ventanas... Podía salir de la casa saltando por una ventana de atrás. En la parte de atrás estaban los coches de Ernest y de los Jarrow. No sabía dónde estaba Ernest, pero quizá los Jarrow estuviesen en su habitación. Podía pedirles las llaves de su coche, y escapar. Pero no: los Jarrow, estaba segura, también debían haber desaparecido. Lo sabía con toda certeza. El hecho de que ella no hubiese sido cazada todavía por el hombre de la linterna se debía solamente a suerte, a casualidad; quizá se habían estado cruzando saliendo y entrando de las habitaciones... Casualidad.

«Tengo que subir a la habitación de los Jarrow.»

Tomada esta decisión, se volvió, abrió la puerta, y escuchó. Era todo lo que podía hacer, escuchar, porque la visibilidad en el vestíbulo seguía siendo prácticamente nula. ¿Y si intentase salir por la ventana del salón en el

que se hallaba? Esto era perfectamente factible, pero corría el riesgo de que, precisamente por la fachada de la casa, algún compañero del hombre de la linterna estuviese vigilando. No podía desdeñar esta posibilidad.

La habitación de los Jarrow, estaba decidido.

Salió del salón, sin hacer el menor ruido, dejando la puerta solamente ajustada tras ella.

La habitación de los Jarrow estaba frente a la de ella y la de Ernest, igual que la de madame Zoila Lo que significaba que daban directamente a la parte de atrás de la casa. Perfecto.

El suelo estaba frío, y este frío subía desde los pies de Mabel por las piernas, como algo tangible, aleo estremecedor. ¿Estaba todavía arriba el hombre de la linterna, buscándola? En ese caso, podía ir a la cocina, que estaba en la planta baja, y salir por aquella puerta, forzándola...

En lo alto de la escalera apareció, de pronto, el haz de luz, iluminando el centro de vestíbulo. Mabel Sherman contuvo un respingo, y corrió hacia la escalinata, cobijándose bajo el extremo de la amplia barandilla. La luz no podía alcanzarla allí. La vio desplazarse por todo el vestíbulo... y detenerse en la puerta doble del salón. La luz se movió, comenzó a descender.

—Dos mujeres no van a burlarse de mí —sonó, de pronto, la voz del hombre—. Sé que están aquí abajo Si salen, será mejor para ustedes.

La luz se quedó quieta. El hombre esperaba. Muy bien, ahora la buscaba también a ella, a Mabel. Evidentemente, le interesaba más madame Zoila, y por eso no se había preocupado por Mabel, seguramente pensando que estaba en su cuarto sin enterarse de nada, ahora había mirado en su cuarto. Pero había dicho dos mujeres. ¿Acaso no debía buscar también al desaparecido Ernest? ¿Por qué no? ¿Por qué no buscaba también a Ernest?

—Muy bien —llegó de nuevo la voz—: peor para ustedes.

La bella rubia se encogió aún más cuando oyó el rumor de los pasos que descendían la escalinata. La luz se iba acercando. Ya en el último escalón, recorrió todo el vestíbulo de nuevo..., antes de volver a apuntar la doble puerta del salón. Lo que menos debía imaginar el hombre era que una de sus perseguidas estaba muy cerca de él, a menos de dos metros, agazapada, tensa...

El hombre comenzó a caminar hacia el salón, siempre con la luz de la linterna fija en la puerta.

Mabel Sherman no se movió. Cuando vio al hombre de espaldas, recortada su silueta por el resplandor de luz que le precedía, se hallaba a unos tres metros. La rubia ni siquiera respiraba. El hombre seguía caminando, despacio. Se iba alejando. Como una sombra, Mabel se irguió, rodeó el remate de la barandilla, y subió tres escalones con un solo paso, acuclillándose allí inmediatamente, detrás de los torneados soportes de piedra... , mientras el hombre se volvía velozmente.

La luz dio en la escalinata. Llegaba, en diagonal, a los soportes de la barandilla. Por entre éstos se filtró el resplandor de la luz, pero no llegó la luz

directa. Dada la posición del hombre y la de Mabel Sherman, aquél no podía ver a ésta. Sólo la escalinata, vacía. Y, de lado, los soportes, que desde su posición los debía ver superpuestos; o sea, como si fuese un auténtico muro.

No podía ver a Mabel.

Era imposible.

«Si la luz se mueve hacia aquí, tendré que jugarme el todo por el todo», pensó la rubia.

Pero la luz no se movió hacia la escalinata, no se acercó. Estuvo allí cinco o seis segundos. Luego, todo aquel trozo quedó oscurecido. La luz regresó de nuevo hacia la puerta del salón. Los pasos del hombre sonaban quedamente, pero Mabel tenía el oído muy fino, podía oírlos.

Sólo que no le interesaban ya lo más mínimo. Sin incorporarse, utilizando manos y rodillas, se desplazó escaleras arriba, como una gatita. El hombre era me nos cuidadoso que ella, porque oyó el chasquido del pomo al ser movido. El resplandor que llegaba todavía desde la puerta, desapareció. El hombre había entrado en el salón, o, cuando menos, estaba recorriendo este con la luz.

Mabel se irguió, y se lanzó hacia arriba, recorriendo, apenas en dos segundos, el resto de la escalinata. Con la mano derecha apoyada en la pared, comenzó a recorrer el pasillo, por la parte derecha. Una puerta: la de madame Zoila. No interesaba; si el hombre no la había encontrado, utilizando una linterna, ¿cómo había de encontrarla ella en la oscuridad?

Otra puerta.

La empujó y entró.

—¿Señor Jarrow? —susurró.

¿Sería posible que los Jarrow estuviesen durmiendo? ¿No se habían enterado de nada?

Dio un paso, otro paso... Su pie derecho tropezó con algo. Se detuvo en seco, quedando en postura forzada. Acabó de apoyar el pie en el suelo. Luego puso una rodilla en tierra, y con las manos tocó lo que antes había tocado con el pie. En seguida notó el contacto de la carne. Sus manos tocaron unas protuberancias... Supo en seguida lo que eran: los senos de Norma Jarrow.

Y en los senos, notó las manchas de sangre, ya casi seca. Quedaba un leve calor en el cuerpo de Norma Jarrow. Tan leve... Pero ya no había en su cuerpo un solo latido.

—Dios mío...

Se irguió, y fue caminando adelantando con cuidado los pies. Llegó hasta la cama, y apenas extender las manos hacia ésta, tocó el cuerpo de Harry Jarrow, que estaba tendido de medio lado, cruzado en la cama. Como su esposa, se hallaba completamente desnudo... Y como su esposa, se hallaba muerto.

Durante unos segundos, la rubia estuvo inmóvil junto a la cama, tras haberse limpiado en la ropa de ésta la sangre de sus dedos. Ya ni siquiera

sentía escalofríos. El hombre de la linterna había asesinado, que ella supiera, a tres personas: Amos, Norma y Harry. Había convertido la vieja mansión en una ratonera, y estaba eliminando sistemáticamente a todas las... ratas que iba encontrando en su interior.

Sólo que yo no soy una rata», pensó Mabel.

Pero lo parecía. Por un instante, estuvo tentada de bajar al encuentro del hombre de la linterna, pero la inteligencia se sobrepuso a la emoción. El había asesinado a un pobre negro, y a un desdichado matrimonio que, al parecer, no se había resignado a la pérdida de su hijita. ¿Por qué? ¿Para qué asesinar a esas personas que no tenían nada que ver con lo que pudiese saber o decir madame Zoila? ¿O todos los que habían en la casa sabían algo y tenían algo que ver con...?

La luz de la habitación se encendió, de pronto, sobresaltando a Mabel Sherman, que se volvió hacia la puerta, respingando... Pero no. No se trataba de que el nombre de la linterna estuviese allí. Comprendió la jugada en un instante: había vuelto a dar la luz en toda la casa, vistas sus dificultades para encontrar a oscuras al resto de sus víctimas. Ahora las buscaría a plena luz. Lo cual eliminaba todas las oportunidades de escapar de que hasta entonces había estado disfrutando Mabel Sherman.

Miró hacia el armario. Las llaves del coche de los Jarrow quizá estuviesen allí, o en las ropas de uno de ellos, o... Pero ya no tenía tiempo para buscarlas. La idea de esperar al asesino pasó por la mente de Mabel Sherman como un relámpago. Pero ¿y si fallaba? En ese caso, él la mataría... , y podría seguir matando.

No.

Saltó hacia el interruptor de la luz, y la apagó, tras dirigir una veloz mirada a Norma Jarrow, y ver sus ojos desorbitados, relucientes como cristales. Bien..., quizá la pobre mujer sí estuviese, ahora, con su hijita Florrie. Quizá. ¿Quién podía saberlo?

Mabel se deslizó hacia la ventana, y la abrió. El tronar de la lluvia se hizo más intenso, gotas finísimas de agua la salpicaron. Por suerte parecía que no había luz en ninguna de las ventanas de la parte de atrás. Los únicos que debían haberla tenido encendida cuando el asesino cortó la corriente eran los Jarrow... ¿Cuánta distancia había hasta el suelo, desde la ventana? De nuevo funcionó la memoria de Mabel Sherman: no menos de cuatro metros. ¡Cuatro metros! Pero... ¿y si hubiese...?

Sacó los brazos, tanteando a los lados, y contuvo una exclamación de alegría al tocar el grueso tallo de la enredadera. Indiferente a la lluvia, salió por la ventana, sujetándose a la enredadera. Se aseguró de que ésta era lo bastante fuerte, y entonces, dejó caer su cuerpo, para quedar colgada...

CAPITULO VII

La enredadera resistió perfectamente su peso. Hubo algún blando crujido, rotura de tallos, salpicar de gotas..., pero eso fue todo. En un instante, Mabel Sherman quedó empapada por la lluvia, cuyo espesor iba aumentando. Ni una sola luz brillaba en parte alguna

Arañándose las manos, respingando cuando alguna de éstas resbalaba por los húmedos tallos, Mabel Sherman fue descendiendo con todo cuidado. Y de pronto, sus pies tocaron tierra firme. Se soltó de los tallos, y quedó allí, inmóvil, escuchando. Pero, ¿qué podía oír? Sólo lluvia. Lluvia y más lluvia.

Los coches estaban por allí. Si alguno de ellos estaba abierto y tenía las llaves...

Tan sólo volverse, los vio. Más que ver los coches, vio el reflejo de la lluvia sobre las carrocerías y los cristales parabrisas. Al acercarse, oyó el diferente retumbar del agua sobre los vehículos, con una sonoridad vibrante.

Tan sólo veinte segundos más tarde Mabel Sherman sabía que los dos coches estaban cerrados. ¡Y ella ni siquiera tenía una simple horquilla del cabello para abrir una de las portezuelas! Podía haber hecho esto perfectamente, pero... ¿con qué?

Un raudal de luz apareció, de pronto, en alguna parte. Mabel alzó vivamente la cabeza, y vio el resplandor en una de las ventanas. Era la de madame Zoila. Segundos después, se encendió la luz en el dormitorio de los Jarrow.

La ventana abierta.

Velozmente, Mabel rodeó el coche junto al cual estaba, y se escondió detrás. Asomándose por un lado, recibiendo de lleno, en el rostro, el agua, vio aparecer en el hueco de la ventana a un hombre, que empuñaba una pistola. Tampoco en esta ocasión pudo verle bien, ya que la luz le llegaba por detrás.

El hombre desapareció rápidamente tras unos segundos de inmovilidad. Y Mabel supo por qué: había comprendido que alguien había escapado por la ventana. ¿Y qué iba a hacer, ahora? La respuesta parecía que no podía ser más sencilla: el hombre de la linterna iba a bajar a la planta, abriría la puerta, y saldría de la casa para correr en persecución de quien había escapado.

Muy bien.

Se tenía que ver quién era más veloz.

Mabel se irguió, y echó a correr hacia la casa, la rodeó, y apareció en pocos segundos por la esquina derecha de la fachada. También allí la lluvia relucía de modo especial sobre el «Pontiac». Corrió hacia él, resbalando, a punto de caer varías veces, y finalmente fue a caer de rodillas a la portezuela izquierda.

Jadeando, escupiendo el agua que deslizándose por el rostro iba hacia su boca, Mabel Sherman recuperó la estabilidad, y. todavía de rodillas, se

desplazó, alzó un brazo, asió la manilla de la portezuela, y la bajó.

¡Estaba abierta, nadie había tocado el coche...!

Abrió la portezuela, dispuesta a sentarse rápidamente en el asiento frente al volante, y, si las llaves, efectivamente, continuaban puestas, dar el encendido y...

Justo en el momento en que abría la portezuela, se encendía la luz en el vestíbulo. No. Ya debían haberlo encendido unos segundos antes... Lo que ocurrió fue que se abrió la puerta de la casa, y la luz convirtió en cegadora la lluvia. En los miles de reflejos había luz más que suficiente para que Mabel viese ante sus ojos una pierna de hombre.

Un hombre que, naturalmente, estaba sentado ante el volante del coche.

¡Un hombre que la iba a matar...!

Alzó la mirada vivamente, desorbitados los ojos, no va por el sobresalto que acababa de experimentar, sino por el miedo; el miedo a morir; el miedo a ver la pistola, el fogonazo, sentir el impacto de la bala..

No ocurrió nada de esto.

El rostro que vio fue el de Jimmy. Jimmy Colbert, su amigo, su amante. El nuevo sobresalto fue tal, que Mabel cayó sentada de espaldas, completamente bajo la lluvia que brillaba a la luz de la casa y, al mismo tiempo, hacía brillar el rostro de Jimmy... , que estaba caído de lado sobre el volante.

Jimmy también tenía los ojos muy abiertos, y la miraba. No, no la miraba... O quizá sí la miraba, pero no podía verla, porque los muertos no ven nada de este mundo. Jimmy estaba muerto. Sólo los muertos tienen esa mirada fija, brillante, cristalizada...

Por detrás de ella, como envueltas en la lluvia, como rebotando en los fríos chorros, le llegó una risita y una voz:

—Se ha asustado.

—Claro —dijo otra voz—: los muertos dan miedo.

Mabel volvió la cabeza, gritando, y entonces vio las dos figuras humanas, a menos de tres metros...

—¿Habéis atrapado a alguna? —llegó la voz de la casa.

—Seguro: a una preciosidad.

Mabel consiguió reaccionar. Y lo hizo de un modo que desconcertó completamente a los dos hombres que tan cerca tenía: rodó hacia el coche, y desapareció arrastrándose bajo éste. Oyó los gritos de ambos, ahora muy cerca, y una mano apareció tras ella, llegó a tocarle el rostro...

Con un grito en los labios, Mabel continuó arrastrándose por debajo del coche, hacia el otro lado. Oyó la voz del hombre que había salido de la casa, y comprendió que corría a reunirse con los otros dos al otro lado del coche..., mientras ella llegaba al lado que estaba más cerca de la casa.

En el momento que llegaba a este lado del coche, veía, siempre con brillos de agua amarilla, aparecer el rostro de uno de los hombres por debajo

del coche.

—¡Hey! —Gritó el hombre—. ¡Que sale por el otro lado...!

En efecto.

Mabel había llegado ya al otro lado del vehículo... Algo enganchó su mojada ropa, pareció clavarse en la carne de su espalda; dio un tirón, desasiéndose, y rodó fuera de la parte inferior del vehículo.

Se puso en pie de un salto, y por un instante estuvo tentada de correr hacia la casa, pues la puerta estaba abierta, y eso le sugirió que si llegaba allí, y se encerraba dentro de la casa, quedaría a salvo de los tres hombres.

Pero esto, al mismo tiempo podía ser demasiado peligroso, la casa podía convertirse en una ratonera... En una ratonera en la que ya estaba demostrado que aquellos hombres podían entrar cuando quisieran: si había entrado uno, podrían entrar todos, aunque ella cerrase la puerta. Además, tenían armas... Si corría hacia la puerta la verían perfectamente recortada en la luz, y podían dispararle...

Todo esto pasó por la mente de Mabel en el brevísimo espacio de tiempo que invirtió en ponerse en pie de un salto. Y acto seguido, ya tomada su decisión, no corrió hacia la puerta de la casa, sino hacia una esquina de ésta.

—¡Por allá va!

—¡La voy a...!

—¡No dispares! ¡Vamos a cazarla viva!

Mientras corría bajo la lluvia. Mabel sintió otro helado estremecimiento. ¡La querían viva! ¿Para qué? Tenía la convicción de que, como habían hecho con Jimmy, finalmente la matarían. Entonces..., ¿para qué la querían viva, primero?

Dobló la esquina de la casa, y se dirigió hacia la zona más densa del jardín. En el momento en que se mena entre unos arbustos, uno de los hombres aparecía corriendo, y enseguida los otros dos. Se detuvieron enseguida los tres. Los veía como sombras borrosas, siempre al resplandor de la lluvia iluminada por la luz que salía de la puerta de la casa.

—No puede estar muy lejos —oyó—. Seguramente, se ha escondido entre los arbustos. Vamos a por ella.

—¡Maldita lluvia!

Era cierto, seguía lloviendo, con intensidad creciente; el rumor era fortísimo. Por encima de la cabeza de Mabel el agua parecía convertirse en truenos al golpear las hojas de los arbustos. Ya no veía a ninguno de los tres hombres. Ni los oía. Las sombras húmedas de su alrededor comenzaron a parecerle seres demoníacos, en todas partes creía ver rostros oscuros de pupilas relucientes. Se movió un poco, y tocó algo con un hombro. Le parecieron unos dedos fríos, y tuvo que hacer un grandioso esfuerzo de voluntad para no gritar.

No eran unos dedos fríos...

Era simplemente, una rama del arbusto.

«¿Y si fuese hacia el río?», pensó. «No puedo escapar de ellos a pie, porque seguramente tienen un coche por aquí cerca. Además, son tres, podrían acorralarme, aunque me persiguiesen a pie. Pero si llegase al río, y me dejase llevar por la corriente...»

La idea no era demasiado mala. Un poco peligrosa, porque el río bajaba ahora impetuosamente, sin duda, y arrastrando ramas, basuras, toda clase de cosas. Pero no debía ser más peligroso el río que tres hombres que habían asesinado a Jimmy. ¡Pobre Jimmy!

Pero... ¿qué hacía Jimmy, allí? Se suponía que debía estar en Nueva Orleáns, esperando noticias de ella. ¿Cómo había aparecido allí, en la casa de madame Zoila? ¿Y dónde estaba madame Zoila? ¿Y el joven Ernest... de quien tan grato recuerdo tenía? Desde luego, Ernest no era ninguno de aquellos tres hombres... ¿Quiénes eran aquellos tres hombres, de dónde habían salido qué querían?

La volvió a tocar una rama, y se movió un poco, llevando la mano derecha al hombro izquierdo, para apartar la rama.

Esta vez no era una rama.

Unos dedos asieron los suyos, y oyó la risita.

En el momento en que se volvía, era empujada, y un hombre caía sobre ella, aplastándola con su peso.

—Eres una chica muy lista —oyó.

Identificó en seguida la voz del hombre que había estado dentro de la casa. ¡Tenía que ser él quien la hubiese encontrado... ! Quiso escapar, pero el peso del hombre era demasiado para ella. Y fas fuerzas masculinas también eran excesivas para las suyas.

Y de pronto, sobreponiéndose al espanto, Mabel comenzó a luchar con una fiereza inaudita, que sorprendió al hombre; casi consiguió quitárselo de encima. Pero fue sólo un instante. Unas fuertes manos asieron sus muñecas, inmovilizándola. Notaba sobre su vientre el peso del cuerpo del hombre, aplastándola, mientras el nombre comenzaba a gritar llamando a sus compañeros.

En pocos segundos, los arbustos fueron apartados, y aparecieron los otros dos, que ayudaron al primero a sujetarla.

Y muy pronto supo Mabel por qué habían querido cazarla viva.

El que estaba sobre ella comenzó a dar tirones de su ropa, que, debido a la lluvia estaba pesada y densa, más fuerte que de ordinario. Pero no tan fuerte que resistiera los tirones del hombre, que la arrancó brutalmente.

—No —jadeó Mabel —. ¡No, no...!

—Sujetadla bien —gritó él que la estaba desnudando a tirones.

Mabel Sherman todavía intentó luchar, pero tres hombres eran una fuerza excesiva para cualquier mujer. El que la había encontrado estaba ya sobre ella.

El hombre lanzó un rugido de triunfo. Mabel ya no podía hacer nada. Sobre su cabeza oía no sólo el rumor de la lluvia en la tenebrosa noche, sino

el fortísimo jadeo del hombre...

¡Qué diferente puede ser la misma cosa! Por un instante, el cercano recuerdo de su rato con Ernest acudió a la memoria de Mabel Sherman. ¡Qué diferente había sido todo, entonces...!

Ya no luchaba.

Cerró su mente a todo lo que estaba sucediendo, y la llevó al cercano recuerdo de su relación con Ernest. Había sido hermoso entonces, sí... Muy hermoso. Pero ahora..,

—¿Lo estás pasando bien?

Se estremeció otra vez, y el hombre se echó a reír.

—¡Qué noche tan divertida! —exclamó—. Vamos, no seas mala: pon algo de tu parte, preciosa...

Mabel Sherman no puso nada de su parte, pero fue lo mismo. No, ya no sentía nada. Sabía lo que estaba sucediendo, pero era como si le sucediese a otra persona.

No.

Ella era otra persona. Una persona que no tenía veinticuatro años y vivía con gangsters y era la amante de uno de ellos, sino una jovencita que aún no había comenzado a vivir, pero que tenía muchas ansias de hacerlo... ¡La vida se le ofrecía tan hermosa y tan llena de... de todo! No tenía que renunciar a nada, allá estaba la vida ante ella. Dieciséis años... Sí, tenía dieciséis años cuando decidió que la vida había que vivirla ya, en seguida, ¡y muy intensamente! Tenía derecho a todo lo que se le antojase. ¡Y Jeremy era tan guapo...! Y su padre le había regalado un descapótale...

—¡Oh, Jeremy, es precioso! —exclamó Mabel.

—¿Quieres que demos una vuelta? —propuso Jeremy.

—¡Claro que sí!

Subieron al coche, y Jeremy condujo hacia la salida del pueblo donde vivían ambos. Ella le miraba de reojo. Hacia sol, que relucía en los rubios cabellos de Jeremy, agitados al aire de la veloz marcha del coche.

Si, Jeremy era muy atractivo. Por eso, Mabel no protestó cuando vio que él conducía hacia el bosquecillo. Barruntaba perfectamente lo que podía suceder, pero eso no la preocupaba. Ni la inquietaba en absoluto. ¿Por qué había de inquietarse? ¡Ella estaba locamente enamorada de Jeremy: las cosas eran así de simples!

Cuando él detuvo el coche a la sombra de uno de los pinos, ya todo lo dentro que había sido posible del bosquecillo, Mabel lo miró, y sonrió. Jeremy pareció vacilar, pero en seguida le pasó un brazo por el cuello, y la atrajo.

¡Aquel beso...!

Fue un beso muy largo. Y mientras tanto, se estremecía bajo las caricias. Jeremy la besaba impetuosamente... ¡Si, esto era lo que ella deseaba!

Cuando el beso terminó, se quedaron mirándose. Mabel notaba el rostro sofocado, ardiente, y le costaba respirar. El comenzó a desabrocharle la blusa, y en pocos segundos pudo contemplarla a sus anchas. También

comenzó a besarla... Mabel se dio cuenta de que el asiento en el que estaba ella se inclinaba más y más hacia atrás. ¡Qué coche tan encantador, sus asientos eran abatibles...!

—Jeremy..., te quiero...

Jeremy también la quiso. Fue la primera vez para ella, y le gustó. Le gustó tanto que volvió con Jimmy muchas veces al mismo lugar, para quererse. Una y otra vez ella fue de él..., hasta que, poco a poco, se fue dando cuenta de que se estaba produciendo un cambio en él. La llamaba menos, ya no la llevaba siempre a pasear con el coche. Jeremy tenía diecinueve años. Sólo diecinueve años... Un día, Mabel lo vio pasar, con su coche. Iba con Trudy, la joven profesora de gimnasia del instituto. Ella tenía veinticinco, más o menos. Pero iban juntos en el coche, y Mabel supo adónde iban y qué iban a hacer.

De modo que ella decidió, aquella misma noche, aceptar que Michael fuese a su casa a estudiar con ella, como tantas veces le había pedido Michael. Michael fue a su casa después de cenar, y todavía continuaba allí cuando los padres de Mabel se retiraron a descansar. La verdad es que todavía estudiaron un buen rato.

Pero, de pronto, Michael se quedó mirándola fijamente. Ella sonrió, simplemente. Bueno, tampoco hacía falta hablar mucho para hacer comprender determinadas cosas... El la besó en la boca, y luego le subió el jersey.

Cuando Mabel fue a darse cuenta. Michael llevaba sus audacias hasta la última consecuencia. ¿Por qué no? ¡A ella le gustaba...!

Y no fue esa la única noche que Michael fue a estudiar a su casa, desde luego. Después fue con Robert... ¿O fue con Bill? Bueno, no importaba. Ya ni se acordaba de aquel idiota de Jeremy. Simplemente, ella hacia lo que quería.

Y, poco a poco, fue haciendo lo que quiso en todo momento, hasta que un día conoció a Jimmy Colbert, que tenía diez años más que ella. Lo conoció en una discoteca, pero sólo bastante tiempo más tarde, atando ya era su amante, supo que él no estaba allí para bailar, sino en busca de clientela para colocar drogas. Luego dejó lo de las drogas, y conoció a Warren Newman, a cuyas órdenes comenzó a trabajar. Newman era muy inteligente, y pagaba bien. Y Jimmy era generoso con ella, le compraba todo lo que quería, viajaron...

Jimmy estaba muerto.

Mabel había vuelto, de pronto, a la realidad, recordando que ahora Jimmy estaba muerto. Y mientras recordaba esto, volvió a tomar conciencia del atropello de que era víctima. Pero su verdugo no parecía muy satisfecho.

El hombre se retiró, y Mabel oyó su gruñido de disgusto.

—Parece como si estuviese muerta, la puerca ésta..

—Vamos a llevarla a la casa Allí la haremos entrar en calor... y en acción. ¡Si cree que hemos terminado con ella, y con esa actitud lo tiene todo

resuelto, esta lista!

La ayudaron a ponerse en pie. Sentía las manos en los brazos mientras caminaba bajo la torrencial lluvia.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Pero todo seguía igual. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta de la casa, pudo ver, en el coche, a Jimmy. Bueno, vio parte de él.

Luego entraron los cuatro en la casa, y uno de los hombres, cerró la puerta.

CAPITULO VIII

Entraron en el salón. Y nada más entrar, Mabel vio sobre uno de los sillones su maleta, y encima de ésta, su maletín de viaje. ¡Si hubiese sabido esto cuando entró allí antes, huyendo del hombre que la perseguía por la casa...! Pero a oscuras, no había visto nada, lógicamente.

—Esas son tus cosas, ¿no es así?

Se volvió a mirar al hombre que había hecho la pregunta. Era el que la había perseguido por allí dentro. Mabel se sentía extrañamente serena, extraordinariamente serena.

—Sí —contestó.

—Bueno, tú eres Mabel, claro. Y el de afuera, es James Colbert, ¿de acuerdo?

—Sí... Sí.

—Yo soy Marks —sonrió el hombre—. Y mis amigos son Donner y Hurst. Buenos chicos los tres, ¿verdad? Aunque me parece que tú no has sabido apreciarlo... por ahora. Pero seguiremos con el juego.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué ha pasado? ¿Qué quieren?

—Te diré lo que pasó, preciosa. Yo llegué a la casa, me abrió la puerta el negro, y en seguida le metí la pistola en las narices. «Negro —le dije —, ya me estás llevando con la bruja». Así que subimos, y él entró en un cuarto, donde yo creía que estaría la bruja. Pero no era así... Y en cuanto le vi abrir la boca, comprendí lo que el negro había pensado: subir arriba, para ponerse a gritar entonces y tener la seguridad de que le oirían. De modo que le metí unas cuantas balas en el cuerpo, y lo tiré sobre la cama. Entonces, me dije que si él había querido hacer esto, era porque la bruja estaba en el piso de arriba... ¿Comprendes?

—Sí... Creo que sí.

—De modo que salí de aquella habitación y entré en la de enfrente. ¿Qué crees que vi allí?

—Un hombre y una mujer.

—¡Exacto! La mujer dio un gritito, saltó de la cama, y fue a ponerse una bata, supongo. Entonces, yo, pam, pam, pam... ¿Lo sigues comprendiendo?

Mabel Sherman sentía dentro de ella como un trozo de hielo que se estuviese incrustando en su estómago. Su mirada no se apartaba del hombre que tan volublemente estaba explicando sus asesinatos.

—Sí —musitó—. Lo comprendo, sí.

—Muy bien, rubia. Liquidados los dos impúdicos —sonrió Marks, divertido—, pasé a la habitación de al lado. No había nadie allí. Olía a cera. Vi una vela sobre la mesita de noche. Y eso fue todo .. ¿Dónde está la bruja?, me pregunté. Y en ese momento se apagó la luz. ¿Qué crees que hice?

—No lo sé.

—Pues salí de aquel cuarto pitando, preciosa, y volví al que estaba el negro. No me gustaba aquel cuarto con olor a cera que de pronto se había quedado a oscuras. Pero en el otro tampoco había luz. De modo que tampoco me gustó. Así que, sabiendo ya que tú habías ido a Nueva Orleáns a buscar una maleta, me pregunté qué podría contener tu maleta. Y el maletín. Agarré ambas cosas, bajé al salón, para echarles un vistazo... Pero tampoco allí había luz, así que al final tuve que comprender la jugada de la bruja: como fuese, ella había oído o visto algo, y había apagado la luz de toda la casa, para esconderse. Yo sabía que ella no podría llamar por teléfono, así que me lo tomé con calma, porque sama, también, que no podría salir de la casa. Y si salía, peor para ella, porque Hurst y Donner estaban esperando fuera...

—Y esperando afuera fue cuando vimos al tipo del pijama salir por una ventana —dijo Donner—. Bajó como un murciélago, pero lo cazamos. ¿Verdad, Hurst?

—¡Verdad! —Rió Hurst—, Era un tipo muy ágil, que saltó por la ventana como si tal cosa, pero en cuanto llegó abajo, le disparamos. Era fuerte, desde luego, porque todavía pudo correr... Lo perseguimos hacia el río, y le disparamos cuando parecía que quería saltar al agua. Y saltó... ¡Vaya si saltó! Pero con tanto plomo en el cuerpo que ya no pudo volver a la superficie. ¿Comprendes?

—El tipo del pijama debió olerse algo, también, pero claro, él, como tú, era mucho más ágil que la bruja, así que decidió largarse.

Mabel miraba de uno a otro hombre. Comprendía lo que había ocurrido, o creía comprenderlo... Ernest había despertado, y, al verse solo, había saltado por la ventana; mientras ella estaba en su cuarto, y Marks estaba abajo con su maleta y su maletín, Ernest despertaba, y en seguida saltaba por la ventana. A toda prisa. En pijama. ¿Por qué? ¿Por qué esa precipitación? ¿De qué escapaba Ernest?

—¿Y sabes por qué creo que decidió largarse? —preguntó Mark.

—¿Por qué?

—Pues por eso: quizá vio u oyó algo, tuvo miedo, y se largó. Ya está. Lo que me pregunto es dónde estabas tú, ya no estabas en tu cuarto.

—Estaba con él —murmuró Mabel.

Marks frunció el ceño.

—¿Y no te diste cuenta de que se marchaba?

—No. Fui un momento a mi cuarto a buscar una cosa en mi maleta, y cuando volví, él ya no estaba.

—Y entonces decidiste marcharte de la casa, supongo. Y yo te oí, pensé que eras la bruja, y te hablé, ¿recuerdas?

—Sí. ¿Por qué pensó que yo era madame Zoila? ¿Acaso no sabía que yo estaba aquí?

—Claro que lo sabíamos —intervino Hurst—. Yo te seguí hasta Nueva Orleáns, precisamente. Pero me parece que te diste cuenta, así que después tuve que ir con más cuidado. Sé que no te viste con nadie: sólo fuiste

al hotel, recogiste tus cosas, y volviste aquí... Sin embargo, poco después llegó tu amigo Jimmy..., seguido de Donner, que lo estaba vigilando...

—¿Vigilaban ustedes a Jimmy? ¿Por qué? ¿Lo conocen?

—Más o menos —rió Donner—. El caso es que cuando Colbert llegó, decidimos que ya no debíamos esperar más, y lo quitamos de en medio cuando se acercaba a la casa. Luego, para que no se resfriara, lo metimos en el coche.

Donner rió agudamente, y los otros dos soltaron unas risitas. Mabel pensó en Jimmy... ¡Pobre Jimmy! Quizá lo había conmovido con su miedo, y finalmente había decidido reunirse con ella en la mansión de madame Zoila. Si no lo hubiese hecho, quizá todavía estaría vivo... , aunque vigilado. Vigilado, ¿por qué? ¿Quiénes eran aquellos tres hombres y que querían?

—En cuanto a ti —dijo Marks—, precisamente porque sabíamos que estabas aquí cortamos la línea telefónica. Teníamos que hacer las cosas sin correr el riesgo de que, en determinado momento, alguien de la casa pudiese recurrir a la policía, como es lógico.

—Pero... ¿qué es lo que quieren hacer? ¿Quiénes son ustedes?

—Mejor hablemos de ti, preciosa. Eres una chica lista que hasta conoce los trucos de esa farsante... A mi estas cosas me dan risa, para que lo sepas, por eso me lo tomé a broma antes. Me sorprendí cuando lo de aquel resplandor, y las voces... ¡Todo supercherías! Pero tú sabías manejar aquel aparato de la bruja, ¿no es cierto? Lo que significa que debes tener mucha intimidad con ella. ¿De acuerdo?

—No. Lo descubrí por casualidad.

—Pero conocías de antes a la bruja, ¿no es cierto?

—No. Fue Jimmy quien me habló de ella, y quien tuvo la idea de venir a hacerle... una consulta.

—¿Qué consulta?

Mabel estaba desconcertada. Parecía que aquellos hombres no supiesen bien de qué iba el asunto. Pero entonces..., ¿qué querían y quiénes eran? Era una pregunta obsesionante, pero justificada. ¿De dónde habían salido Marks, Hurst y Donner, quiénes eran, qué querían...?

—Teníamos... que preguntarle a madame Zoila dónde está el dinero del atraco, o sea, quien mató a Steve Hagard y se llevó todo el dinero.

—¿De qué estás hablando?

El desconcierto de Mabel Sherman aumentó.

—Estoy hablando de que Jimmy, mi amante, era un atracador. El y su banda consiguieron setecientos mil dólares en un golpe, y, de acuerdo a lo convenido, Steve Hagard fue quien recibió el dinero y fue a esconderse con él, para luego repartirlo. Pero cuando Jimmy y los demás fueron a reunirse con Hagard, lo encontraron muerto, y el dinero no estaba allí! Jimmy me hizo venir aquí para que preguntase a madame Zoila si podía ponerme... en comunicación con el espíritu de Steve Hagard, y preguntarle quién lo había matado y se había llevado todo el dinero del golpe.

Los tres hombres la contemplaban, ahora, estupefactos. De pronto, Marks lanzó una exclamación.

—¿Qué te pasa? —lo miró sobresaltado Donner.

—¿Qué me pasa? ¡Pues me pasa que ahora comprendo por qué teníamos que cargamos a la vieja y a todos los que hubiese en esta casa! ¿No lo comprendéis? ¡La persona que nos contrató para matarlos a lodos tenía sus buenos motivos!

—¿Qué motivos? —masculló Hurst.

—Escucha... Esta gente realmente cree que se puede hablar con los espíritus... ¿Qué pasaría si realmente consiguieran comunicarse con el tal Hagard, y éste dijera quién le mató y dónde está el dinero? ¡Pues ocurriría que lo sabrían todos los que asistieran a la sesión de brujería...!

—No es brujería —murmuró Mabel.

—¿Ah, no? ¡Pues ya me explicarás...! Bueno, de todos modos, ¿qué más da lo que sea? Lo cierto es que la persona que nos contrató quería que los matásemos a todos; que no quedase nadie vivo en esta casa, precisamente para eso: para que, si el contacto se llevaba a cabo, nadie pudiese decir lo que sabía..., suponiendo que todas estas supercherías sean ciertas.

—Pero... ¿por qué matar a tanta gente? A nuestro contratante le habría bastado eliminar al tal Jimmy Colbert y a la chica, para que no hiciese la consulta, y ya está. Porque, claro, tú estás pensando que el tipo que nos contrató es el que mató al tal Hagard y el que se quedó con el dinero, ¿no es así?

—¡Exacto! Pero... ¿por qué matar a Colbert y a la chica? Lo que hizo fue seguirlos, se enteró de sus propósitos, y entonces fue cuando nos buscó a nosotros en Nueva Orleáns, para que le hiciésemos el trabajo. De este modo, muertos todos los de esta casa, ya está seguro de que nadie sabrá nada... , nadie sabrá que fue él quien mató a Hagard y se quedó con el dinero de la banda.

—O sea, que tiene que ser uno de la banda de Colbert.

—¡Naturalmente que el tipo que nos ha contratado es uno de la banda! El debió hacer las cosas de modo que cuando Hagard fue con el dinero al escondite, él ya estaba allí, o quizá llegó poco después. Hagard no desconfiaba de él, así que pudo matarlo, se llevó el dinero, lo escondió, y luego fue a continuar haciendo su comedia, esto es, esperar, como los demás de la banda, el momento de ir a reunirse con Hagard y repartirse el dinero. Encontraron muerto a Hagard, el dinero desaparecido, y eso es todo. Pero Jimmy Colbert, que debía estar un poco chiflado, decidió venir a consultar a la bruja..., y el que mató a Hagard se enteró y tomó sus medidas.

—Lo que significaba —susurró Donner—, que ese tipo tiene setecientos mil dólares escondidos.

—Ya no tantos, puesto que a nosotros nos ha pagado setenta y cinco mil por hacer este trabajo.

—Todavía no lo hemos terminado —recordó Hurst—: la bruja no ha

aparecido todavía..., y la chica está viva.

—Se me está ocurriendo una idea brillante —dijo Marks—: matemos a la bruja y a la chica, vamos a decirle a nuestro contratante que el trabajo está hecho, que nadie ha quedado con vida en esta casa, tal como él nos exigió al contratamos. Y de paso, charlaremos con él de otras cosas... ¿Qué os parece?

—Es una idea muy buena —sonrió Donner—, ¡Muy buena, Marks! Me gustará conversar con un tipo que tiene escondidos setecientos mil dólares, en efectivo, y robados a sus propios compañeros de banda. ¡Me gustará mucho conversar con él!

—Seguro que sí —sonrió, también, Marks; miró de pronto a Mabel —. Bien: ¿dónde está la bruja?

—No lo sé.

Marks se la quedó mirando pensativamente. De pronto hizo un gesto con la cabeza.

—Está bien —dijo fríamente—. No vamos a discutir. Nosotros buscaremos a la bruja, pero si cuando la encontremos nos dice que tú sabías dónde estaba, lo vas a pasar muy mal. . Muy mal. De modo que te lo preguntaré por última vez: ¿dónde está?

—No lo sé.

—Hurst —miró a éste Marks—, tú quédate con la chica, aquí, y vigila la planta baja. Dejaremos las puertas del salón abiertas, por si alguien quisiera salir de la casa; podrás verlo desde aquí...

—¿Alguien? ¿Quién?

—Sólo queda la bruja, de modo que sería ella, ¿no? —Gruñó Marks —. Vamos. Donner. Y tú, no pierdas de vista a la chica.

—Tranquilo —sonrió Hurst.

Segundos más tarde. Mabel y Hurst quedaban solos en el salón.

CAPITULO IX

Mabel cruzó los brazos ante el pecho, y se estremeció. Hurst le dirigió una mirada maliciosa.

—¿Tienes trío?

—Si... Sí, tengo mucho frío...

—¿Por qué no te pones ropas secas? —sugirió Hurst.

Mabel miró hacia su maleta. Luego volvió a mirar a Hurst, que la contemplaba con aquella sonrisita cargada de malicia divertida. La miraba de arriba a abajo, observando sus bellas formas por entre los pocos jirones da de malicia divertida. La miraba de arriba abajo, adheridos a la piel, por el agua.

—¿Puedo hacerlo? —murmuró Mabel.

—Naturalmente. No somos tan malos como parecemos, criatura.

Se echó a reír, divertidísimo en verdad. Mabel se acercó a la maleta, la abrió, y sacó ropas secas, que fue colocando sobre el sofá. Ya elegido su nuevo vestuario, miró a Hurst, vaciló, y por fin comenzó a quitarse los restos de su indumentaria, hasta quedar completamente desnuda. Miró de reojo a Hurst, y le vio observándola fijamente... Estaba pensando hacer lo mismo que antes, lo sabía. Pero no parecía que fuese a decidirse. Ocuparse de aquello en tales circunstancias seria dejar de vigilar el vestíbulo...

De modo que, contra lo que temía, Mabel pudo vestirse tranquilamente. Continuaba oyéndose el rumor de la lluvia. Era como si estuviesen dentro de un gigantesco tambor retumbante... Mabel miraba su maletín. Marks había dicho que había bajado sus cosas para examinarlas, pero que no había podido hacerlo puesto que tampoco en el salón había luz cuando él llegó, allí, con el equipaje. Entonces..., ¿no había mirado nada todavía?

—Me gustaría peinarme —murmuró Mabel.

—Eso —dijo Hurst—: ponte bien guapa. Está feo morirse con aspecto descuidado.

Soltó una risita, y dirigió una mirada hacia el vestíbulo. Pensó que estaría más cómodo sentado, así que movió un sillón orientándolo adecuadamente hacia la doble puerta del salón, y se sentó. Miró a Mabel, que permanecía inmóvil.

—¿No ibas a peinarte?

—Sí... Sí. Debo tener... un aspecto horrible..

Hurst volvió a reír. Mabel tomó el maletín, lo puso sobre la maleta de nuevo, y lo abrió. Lo primero que vio fue la pistolita que le había facilitado Jimmy. Y al verla, consiguió que ni un solo músculo de su rostro se alterase. Le latía el corazón violentamente, y le parecía que los latidos retumbaban con terrible fuerza, en la cabeza...

Metió la mano dentro del maletín, cogió el largo peine por el mango de plata, y comenzó a pasárselo por los cabellos. Hurst la miraba de cuando en cuando, aunque prestaba más atención al vestíbulo.

Mabel dejó el peine en el maletín, ya peinada. Sus dedos se cerraron en tomo a la culata de la pistolita. ¿Y si fallaba? Ella no estaba acostumbrada a usar armas, ni mucho menos. Hasta entonces, la única arma que había usado, si así podía llamarla, era ella misma. Así había ido consiguiendo siempre lo que quiso... ¡Qué equivocada había estado siempre! Siempre, siempre, siempre, desde el primer momento, cuando lo de Jeremy, porque debió comprender que no le amaba realmente, ni ella a él... Se encontró, de pronto, pensando en el joven Ernest, que había sido asesinado, y cuyo cadáver debía estar deslizándose ya río abajo... ¡Qué diferente había sido con él, con Ernest! Y no sabía por qué. Sólo sabía que había sido diferente

Tragó saliva. No tenía que pensar, ahora, en cosas que parecían hermosas entre tanta suciedad como había sido su vida desde lo de Jeremy. Ya no había tiempo, y nada tenía remedio.

Sólo le quedaba su vida. Aún tenía su vida, y quizá, quizá si la conservaba, podría orientarla de otra manera. ¡Oh, sí, debía haber una manera mejor de vivir que la que ella había elegido entonces! Debía haber una manera mejor de vivir... si seguía viviendo, claro.

Miró a Hurst, que en ese momento la miraba a ella. Hurst la contemplaba, ahora, seriamente. Algo estaba viendo Hurst que le preocupaba, o quizá sólo le desconcertaba. Hurst tenía la pistola en la funda axilar, no había hecho intención de empuñarla en ningún momento. Pero ahora, viendo los ojos de Mabel Sherman, Hurst frunció el ceño, se irguió en el sillón, movió la mano derecha hacia el pecho...

Mabel Sherman sacó rápidamente la mano del interior del maletín, y apuntó a Hurst. Oyó el respingo de éste, le vio moverse más de prisa...

¡Chak!, chascó apenas la pistolita.

El ojo derecho de Hurst se convirtió en un pequeño pozo oscuro. Su cabeza había sido sacudida por la pequeña bala que había reventado el ojo, y del cual comenzó a manar sangre. Mabel disparo de nuevo, pero su bala fue a dar al techo. La tercera dio en un pie de Hurst... Ya no disparó más.

Se sentía como agarrotada. Agarrotada de miedo y sorpresa, al comprender que, por suerte para ella, su primera bala, disparada con la misma mala puntería que las otras dos, ya había matado a Hurst. Por casualidad, por suerte simple y pura, pero la bala le había reventado un ojo y se había alojado en su cerebro.

Así de simple.

Hurst había quedado sentado, y parecía que todavía estuviese mirando a Mabel, que a su vez le contemplaba con expresión desorbitada, temblándole ahora la mano con que empuñaba la pistolita.

Tenía que marcharse.

La idea fue como una explosión en el cerebro de Mabel Sherman: simplemente, tenía que marcharse. Muerto Hurst, no había allí nadie que pudiese impedirle marchar; podía salir de la casa, sacar del coche a Jimmy, sentarse ante el volante, y partir.

Fue entonces cuando Mabel notó tras ella algo diferente. No sabía qué, pero algo había cambiado; el ambiente, el sonido dentro del salón... Algo había cambiado.

Se volvió, despacio, y entonces vio a madame Zoila. Estaba de pie junto a la chimenea. Y detrás de ella se veía un panel de pared abierto como una puerta. Madame Zoila todavía estaba en camisón.

—Venga —dijo la médium—. ¡De prisa, venga conmigo!

Mabel corrió hacia madame Zoila, que había retrocedido hacia el hueco que dejaba el panel de pared. La médium la tomó de una mano, la hizo entrar completamente, y apretó el resorte que hacía cerrarse el panel. Un instante más tarde, Zoila encendía la luz, que permitió a Mabel ver el estrecho pasillo descendente un corto trecho, y luego el tramo de peldaños de piedra.

—¿Y los demás? —preguntó madame Zoila.

—Están están todos muertos —murmuró Mabel, guardando la pistolita en un bolsillo de la falda.

—Me lo temía. Hubiese querido ayudarles, pero después de bajar a apagar la luz y no pude hacer nada. Oía pasos, y muchas cosas, pero no sabía quién andaba por aquí... ¿Está usted bien?

—Me han forzado —murmuró Mabel.

Madame Zoila desvió la mirada. Había en sus ojos como un reflejo de algo... lejano; como si la médium estuviese mirando tan lejos que Mabel no pudiese alcanzar hasta allí.

—Y mataron a Amos —susurró—. Lo supe en cuanto sucedió. Salí de mi cuarto, oí rumores... Sabía que Amos había muerto, y sólo se me ocurrió venir a esconderme, porque sabía que estaban buscando a los demás. ¡Mi buen Amos!

—¿Qué... qué vamos a hacer? —murmuró Mabel.

—Vamos abajo. Allí estaremos a salvo..., y podremos hacer algo, ahora que sé que sólo quedan en la casa esos hombres. Sí —relucieron sus ojos como fuego—. Algo podremos hacer, ya lo verá. Bajemos.

Descendieron rápidamente. Al llegar abajo Zoila Zom apagó la luz del tramo de peldaños, y encendió otra allí mismo. Había otro pasillo, muy corto, y al final una puerta. Zoila la empujó, encendió otra luz, y Mabel pudo ver una estancia de grandes dimensiones..., que le puso los pelos de punta. Había animales disecados, pinturas de increíbles escenas de sacrificios de animales en las paredes, toda una estantería llena de libros, y otra de recipientes de cristal y de barro.

—Pero..., ¿dónde estamos? —casi tartamudeó.

—Estamos en mi Verdad.

—¿Qué?

—Yo procedo del vudú, señorita Sherman. Pero hace ya tiempo que lo dejé... públicamente. El vudú es demasiado serio para dedicarse a él de un modo... profesional, digamos para obtener dinero. Eso no debe hacerse con el vudú, porque sus cosas son muy serias. De modo que sólo lo práctico, ahora,

en la intimidad, con Amos y con algunos amigos especiales que venían de cuando en cuando. Pero, para ganar dinero y poder seguir en serio con el vudú, inventé lo de madame Zoila. Siempre he dicho a la gente lo que ha querido oír, y eso me ha enriquecido, de modo que he podido seguir practicando mi vudú secretamente. ¿Conoce el vudú, señorita Sherman?

—No... No entiendo nada de todas estas cosas... ¡Nada!

—No se preocupe. Usted me gustó desde el primer momento... Pero ellos, esos hombres... Siéntese.

—¿Dónde?

—En el suelo, frente a mí. Y permanezca en silencio. Vamos a darles un buen escarmiento a esos hombres. No diga nada más. Siéntese y permanezca en silencio.

Se sentaron una frente a otra. Mabel miraba inquieta a todos lados... De pronto, miró a Zoila Zom, que había extendido bruscamente los brazos hacia delante. La vio con los ojos cerrados, un duro rictus en la boca...

* * *

Marks y Donner se encontraron de nuevo en el pasillo, tras registrar concienzudamente, por separado, los dormitorios.

—Desde luego, aquí arriba no hay nadie con vida —dijo Marks—, de modo que si esa bruja sigue en la casa, tiene que estar por abajo. Vamos a bajar, pues, y diremos a Hurst que vigile que nadie suba, y nosotros proseguiremos la búsqueda por abajo... ¿Qué te pasa?

—No sé —jadeó Donner, llevándose las manos a la frente—. Me duele horriblemente la cabeza.

—Debe ser por esta maldita lluvia —mascculló malhumorado Marks —. Se carga tanto la atmósfera que... ¡Arrggg...!

—¿Qué te ocurre? —respingó Donner.

—¡Quítamela! ¡Quítamelaaa...! —aulló Marks, llevándose las manos a la garganta —. ¡Ayúdame a quitármela del cuello!

—¿El qué? —gritó Donner, lívido.

—¡La serpiente! ¡Quítamela, quítamela...!

Marks comenzó a mover las manos sobre su cuello como si, en efecto, tuviese enroscada una serpiente..., que Donner no veía por parte alguna. Quedó paralizado primero de estupor, y luego de espanto, porque Marks comenzó a chillar cada vez más, dando bandazos de un lado a otro, tirándose contra la pared, siempre forcejeando con la serpiente que tenía en el cuello..., y que Donner seguía sin ver.

No la veía, pero debía estar allí...

Donner no veía la serpiente. Pero, además, sentía en la cabeza unas terribles punzadas. A cada grito de Marks era como si en su cabeza penetrase brutalmente un clavo enorme amenazando partirla en dos. Los alaridos de Marks eran terribles, y de su boca comenzaba a brotar espuma. Tampoco veía

Donner la espuma. Sólo sentía aquel penetrar de clavos en su cabeza a medida que Marks gritaba, y gritaba y gritaba. Cada grito, un clavo.

Y de pronto, Donner alzó la pistola, apuntó a la cabeza de Marks, y apretó el gatillo.

Esto sí lo vio.

Vio como la parte superior de la cabeza de Marks reventaba en un surtidor de sangre y cabellos. Pero sólo un instante, pues Marks salió despedido hacia atrás, y quedó tendido cara al techo del pasillo, todavía con las manos en el cuello, los ojos fuera de las órbitas.

Con ojos no menos desorbitados se quedó mirándolo Donner, que, de pronto, había dejado de sentir aquellos clavos en su cabeza. Al dejar de gritar Marks, todo terminó. Ya no más clavos. Pero, de pronto, el dolor volvió. No eran ya clavos sucesivos, sino un solo clavo. . Era como un solitario y larguísimo clavo que iba penetrando en su cabeza, muy despacio, muy despacio...

Donner dejó caer la pistola, y se llevó las manos a la cabeza que estaba siendo taladrada.

—¡AAAaaAAAaaa...! —gritó.

El grito pareció convertirse en algo tangible y envolverlo. Le pareció que estaba dentro de un grito, sí... Un grito en forma de piel viscosa que lo iba envolviendo mientras el clavo seguía penetrando interminablemente en su cabeza.

—¡AAAaaaaa...!

Donner comenzó a dar golpes a su alrededor, queriendo romper la piel de su propio grito, pero no lo conseguía; parecía más que piel una extraña goma finísima de tacto aceitoso...

Se lanzó escaleras abajo, gritando sin parar, dándose golpes en la cabeza. Perchó el equilibrio a mitad del tramo, y llegó al vestíbulo rodando por las escaleras. Se puso en pie de un salto, y, cojeando, corrió hacia la puerta. La abrió, y salió al gran porche con columnas. El atronar del agua inundó su cabeza. La piel de su grito desapareció, el clavo desapareció. Se quedó mirando la lluvia, como fascinado, jadeante, trémulo.

Su desconcierto duró apenas un par de segundos. Desdeñando el coche que tenía frente a la casa con el cadáver de Colbert al volante. Donner se lanzó a todo correr bajo la lluvia, alejándose de la casa hacia donde los tres habían dejado los coches. Ya no recordaba nada de lo que sucedía o había sucedido. No recordaba la operación de asesinatos para la que habían sido contratados. Sólo sabía que tenía que marcharse de allí inmediatamente.

Llegó a todo correr a donde estaban los coches, fue hacia el suyo, y metió la mano en el bolsillo, en busca de las llaves.

Y eso fue todo.

La bala le acertó en la sien izquierda, lo hizo girar, golpear contra el coche, y finalmente caer de bruces junto a éste.

Seguía lloviendo. Intensamente.

Pasó un minuto. Dos. Cinco... Por fin, una sombra reluciente apareció por detrás de un árbol. Un hombre, cubierto por un impermeable, llegó junto a Donner. Llevaba la mano derecha bajo el impermeable, pero la sacó. La pistola relució un instante. Brilló un brevísimo fogonazo, y una bala se hundió en la nuca de Donner. La pistola desapareció de nuevo bajo el impermeable.

«¿Y los otros dos? —Pensó el asesino—. ¿Dónde están? ¿Por qué no han venido con su compañero?

El hombre del impermeable todavía esperó dos o tres minutos más. ¿Qué había ocurrido en la casa? ¿Habían muerto todos, conforme él había encargado a Marks. Donner y Hurst? Y si así era, ¿por qué no venían ya los dos asesinos que faltaban? ¿Habían tenido algún contratiempo? ¿Estaban vivos, los habían capturado, podrían decir quién los había contratado y para qué...?

Ciertamente, nada de esto le convenía, de modo que, tras vacilar de nuevo brevemente, comenzó a caminar hacia la mansión de madame Zoila, llevando la pistola fuertemente empuñada bajo el impermeable. Lo había planeado iodo demasiado bien para ahora permitirse un fallo.

Tenían que morir todos.

Todos. Había estado esperando a los tres hombres que contratara en Nueva Orleáns, para matarlos, después de que ellos hubiesen hecho el trabajo. No había tenido dificultad en encontrar gente de la calaña de Hurst, Donner y Marks, en Nueva Orleáns; conocía bien el ambiente en que se movía aquella clase de gente. Gente que sabía matar. Pero él también sabía matar. Sabía hacerlo lo bastante bien para, ahora, estar arrepentido de haber recurrido a los tres asesinos profesionales. Pero su idea inicial había sido buena: por si algo salía mal, él no habría aparecido en el asunto. Si Mabel o Jimmy salían con vida, no tenían que haberlo visto a él, pues habría sido tanto como comprender, en el acto, que él había matado a Hagard y se había quedado con todo el dinero de la banda...

La casa apareció pronto. Se detuvo, y se quedó mirándola. Había luz. La puerta estaba abierta, y por ella brotaba la luz que hacía brillar la lluvia, y el coche detenido delante.

Cuando se acercó más, vio la forma humana caída sobre el volante. Comprendió que aquella persona estaba muerta, así que mientras se acercaba, interponiendo el coche entre él y la casa, estaban más pendiente de ésta que de aquél, atento a la posible aparición de alguien.

Nadie salió. Y segundos más tarde, el hombre del impermeable veía el rostro rígido de Jimmy Colbert.

Una seca mueca, que podía ser una sonrisa, apareció en sus labios.

Bueno, por lo menos liquidaron a Jimmy... ¿Y Mabel»?, pensó.

Caminó hacia la casa, preparado para sacar la pistola en cualquier momento. Cuando llegó bajo el porche, ya a cubierto de la lluvia, sacó el arma.

Apareció cautelosamente en el amplio vestíbulo, mirando a todos

lados. Nadie. A la izquierda, por entre las dos hojas de la gran puerta, vio luz. Se acercó, empujó una de las hojas, y atisbó dentro del salón.

En seguida vio a Hurst, sentado en el sillón, orientado hacia la puerta. Pero, también en seguida, se dio cuenta de su rígida postura, y de que tenía un ojo convertido en un negro agujero. Caminó hasta él, y se quedó mirándolo. Bueno, otro menos.

Miró a su alrededor. Era evidente que no había nadie más allí, así que fue hacia la puerta. Podía ser que Donner hubiera sido el único superviviente en aquella casa. Ellos debían haber hecho su trabajo, pero algo había ocurrido... Sí, algo que había asustado a Donner. Recordó, de pronto, cómo había llegado corriendo bajo la lluvia como si lo persiguiese el diablo...

Estaba ya fuera del salón, caminando hacia la amplia escalinata, cuando se detuvo en seco. O él estaba loco, o acababa de oír una voz de mujer. Inmóvil, escuchó con toda atención. Y ahora oyó la voz con toda claridad. Una voz que conocía perfectamente, además: era la de Mabel, la chica de Jimmy. Y sonaba tras él, en el salón. ¿Cómo era esto posible?

Regresó silenciosamente sobre sus pasos. Oyó ahora otra voz de mujer:

—Puede estar segura de que algo malo les ha ocurrido a los dos, señorita Sherman.

—No sé... Creo que no deberíamos haber salido. ¡Nos matarán si nos ven!

—Ya no deben estar en condiciones de hacer daño a nadie. Lo que vamos a hacer es...

La que estaba hablando era madame Zoila... Y dejó de hacerlo de pronto al ver aparecer en la puerta al hombre cubierto con el impermeable, que había aparecido en silencio, y la apuntaba con una pistola provista de silenciador. Mabel, que miraba a Zoila Zom mientras caminaban ambas hacia la puerta, miró hacia ésta, y lanzó un grito al ver al hombre.

—¡Warren! —exclamó.

—Hola, Mabel —sonrió el hombre.

—Pero...; qué haces aquí? ¡Oh, Warren, tienes que ayudamos a las dos! ¡Están ocurriendo cosas...!

Mabel se calló de pronto. La verdad le llegó de pronto. Fue como recibir un mazazo en la cabeza. Con la boca abierta, se quedó mirando a Warren Newman, sonrió de nuevo, irónicamente.

—¿Qué cosas están ocurriendo, Mabel? —se interesó.

—¿Quién es? —preguntó Zoila, mirando a Mabel.

—Es... es Warren Newman, el... el jefe de la banda a la que pertenecía Jimmy... Pero no comprendo... O sí. Creo que si comprendo...

—¿Qué es lo que comprendes, Mabel? —inquirió Warren Newman.

—Has sido tú... ¡Tú eres el causante de todo esto! ¡Y fuiste tú quien mató a Hagard y se quedó con todo el dinero...!

—Eres una chica lista. Efectivamente, yo lo hice. ¿Por qué tenía que

repartir semejante cantidad con unos cretinos como los que me rodeaban? Me ayudaron, es cierto, pero eran sólo muñecos sin cerebro. ¡Yo soy el único que merece todo el botín! Así que, lo pensé bien, engañé a Hagard, y a los demás... Y me quedé con el dinero. Lo tengo a salvo, en mi apartamento. ¿A quién se le ocurriría buscarlo allí? Dentro de un tiempo, pensaba irme con él a Brasil. El último y gran golpe de mi vida, ya no tendré que tratar con zopencos como Jimmy y los demás... Se acabaron los riesgos, se acabó todo. Las cosas se estaban poniendo difíciles para mí en Estados Unidos, así que decidí marcharme..., pero con los bolsillos bien llenos.

Mabel Sherman escuchaba en silencio. Y, a medida que Newman iba hablando, la expresión de asombro, de incredulidad, iba desapareciendo en el rostro de la muchacha. En su mente, la verdad estaba adquiriendo solidez: todo lo que había ocurrido, todo, provenía del hombre que tenía delante.

—¿Cómo supiste que Jimmy y yo veníamos aquí?

—Os escuché en mi dormitorio.

—¿En tu dormitorio? Pero... tú no estabas allí. No estabas en el apartamento cuando llegamos...

—Estaba allí. Os reuní a todos allí, porque quería saber qué pensabais de lo sucedido con Hagard. Pero quería oíros hablar sin que yo estuviese presente. Quería estar seguro de que ninguno de vosotros sospechabais de mí. Por eso, os cité a todos en mi apartamento, y dije que llegaría más tarde. La verdad era que estaba en mi dormitorio, escuchando. Mi plan era escuchar un rato, salir luego por la puerta de servicio, y simular que llegaba entonces, ya sabiendo a qué atenerme respecto a lo que pensabais todos. Y eso hice... Pero antes, me llevé el eran susto cuando os oí a ti y a Jimmy acercaros al dormitorio. Tuve que meterme en el armario, para que no me vieseis —sonrió burlonamente—. Pero yo sí os vi y os oí a vosotros. Luego, cuando todos os fuisteis de mi apartamento, comencé a pensar...

—¿En matamos?

—No inicialmente. A fin de cuentas, lo que ibais a hacer no me parecía peligroso: ¡consultar a una médium...! Pero luego comencé a pensar, a recordar cosas que había oído sobre estos asuntos. ¿Y si todo fuese cierto? Esto, por un lado. Por otro, se me ocurrió que vuestra marcha de Miami podía favorecerme. Así que cuando Jimmy salió al día siguiente en avión hacia Nueva Orleáns, por separado tal como habíais convenido, yo ya estaba allí, pues tomé el avión aquella misma noche. Lo vi llegar, y lo dejé bajo la vigilancia de uno de los hombres que ya había contratado. Luego, les encargué que vigilasen la casa de madame Zoila, muy conocida por aquí, y que esperasen a una rubia así y asá, y que la vigilasen a ver qué hacía. Quería saber bien qué hacíais antes de tomar mi determinación final. Pero no había cambios. Así que cuando, no sé por qué, Jimmy abandonó su hotel y se vino hacia aquí, yo ya había ordenado su muerte... , y me dedique a esperar cerca de mis... empleados.

—Lo has complicado todo mucho, ¿no?

—Quizá. Pero quería ir sobre seguro. Además, mientras tanto, completé un plan perfecto: cuando ya estuvieseis muertos, volvería a Miami, dejaría algo del dinero robado en el apartamento de Jimmy, y cuando alguno de los muchachos fuese allá, sorprendido por la larga ausencia vuestra, encontraría las pruebas de que había sido Jimmy quien había matado a Hagard y se...

Warren Newman se llevó la mano izquierda a la frente, de pronto. La notó ardientes. Luego se pasó la mano por los ojos... Cuando volvió a mirar hacia las dos mujeres, lanzó un alarido tremolante, y dio un tremendo salto hacia atrás.

—Pero... ¿qué... que es... esto...? —jadeó.

Estaba mirando con ojos desorbitados a madame Zoila. Mabel también miró a la médium, y no vio nada especial; una mujer en camisa de dormir, eso era todo... Pero no era todo para Warren Newman, que estaba viendo el más horripilante monstruo que pudiera caber en imaginación alguna. Warren Newman no veía a Zoila Zom, sino a un ser que era como una masa viscosa que se iba derritiendo, y de la cual emergían docenas de manos y de ojos, que se dirigían hacia él... A Warren Newman le dolían los ojos, sentía una presión en la frente..., pero estaba viendo... lo que veía, no soñaba, no... Ni por un instante se le ocurrió pensar que mientras él hablaba con Mabel, la practicante de vudú se había dedicado a él con toda la fuerza de su mente... Y así, mientras Mabel veía a Zoila Zom, Newman veía aquel ser fantástico, repulsivo, horripilante, con largos tentáculos en cuyos extremos había manos y ojos que se dirigían hacia él...

Y, de pronto, Warren Newman comenzó a disparar.

Mabel lanzó un grito al ver cómo lo hacía, estremecido de espanto y de furia a la vez. Oyó el grito de dolor de madame Zoila, y otro grito, y otro... Su reacción fue mecánica, como en sueños: sacó la pistolita del bolsillo de la falda, apunto a Newman, y comenzó a disparar.

Era alucinante.

Mientras ella disparaba contra Warren Newman, éste seguía gritando, pero no parecía que fuese por el dolor de los balazos que recibía, sino por algo que le inspiraba Zoila Zom..., es decir, aquel monstruo en que la mujer se había convertido a sus ojos, al servicio de una mente controlada por la práctica del vudú.»

Terminaron de disparar a la vez Mabel Sherman y Warren Newman. Y sólo entonces pareció sentirse afectado el segundo, por las balas disparadas por la primera. La miró, compuso un gesto de estupefacción, y cayó hacia atrás.

Mabel apartó de él la mirada inmediatamente, y tras dejar caer al suelo la pistolita, se arrodilló junto a Zoila Zom, que yacía en el suelo, con el pecho y el vientre lleno de sangre.

—Oh, Dios mío —tembló la voz de Mabel—. ¡Dios mío!

Zoila Zom la miró, emitió una risita, y, de pronto, la cabeza le colgó

hacia un lado, bruscamente.

Fue justo en ese momento que Mabel Sherman comenzó a oír las sirenas del coche policial acercándose a la mansión de madame Zoila.

ESTE ES EL FINAL

—Entonces —murmuró Ernest—, ¿no va a pasarte, nada, a ti?

—No sé —murmuró también Mabel Sherman—. Todo lo que hice en la casa de madame Zoila fue en legítima defensa, pudieron deducirlo claramente. No parece que puedan sancionarme demasiado haber disparado contra hombres que querían matarme. Pero está lo del atraco: dicen que fui encubridora tácita, o algo así. Pero el hecho de haberles explicado todo y haber devuelto los setecientos mil dólares, seguramente me beneficiará mucho. El abogado que he contratado me ha asegurado que conseguirá que ni siquiera esté en prisión.

—Me alegraría mucho —dijo Ernest—. Y también me alegra que hayas podido venir a visitarme. Quería explicarte...

—¿Cómo te encuentras?

—¡Oh, mejor...! Además, va me han dicho los médicos que los dos balazos de la espalda no dejarán ninguna lesión permanente, como al principio habían temido.

—Debiste pasar muy mal rato —susurró Mabel.

—Sí... Cuando caí al río con las balas en la espalda, creí que iba a morir. Pero luego, no sé cómo, me encontré en una lancha, y vi a dos hombres inclinados sobre mí. Creo que pude decirles que llamasen a la policía para que fuesen a casa de madame Zoila, que estaban sucediendo allí cosas horribles... Y ya no sé más. Es decir, no sabía nada más hasta ahora. Quería explicarte... por qué me fui de la casa en lugar de quedarme para ayudarte.

—Ernest, no tienes que explicarme nada. Yo comprendo...

—No. No lo comprendes. No fue por miedo. Fue que cuando de pronto desperté, y no te vi a mi lado, me volví loco de rabia. Miré por la ventana, y vi el coche... Pensé que tú... Bueno que ella...

—¿Eveline?

—Sí. Pensé que Eveline estaba de nuevo con Randy Stoke en el coche, que de nuevo se burlaba de mí creyéndome dormido. Sentí tal furia, que quise mataros a los dos, y me lancé como un loco por la ventana. Entonces, comenzaron a dispararme. Pensé que Randy Stoke tenía una pistola, y que os habíais puesto de acuerdo para matarme, así que huí...

—No te tortures más. Eveline murió.

—Sí, lo sé. Estaba trastornado, creo que me habría vuelto completamente loco, de haber continuado las cosas como entonces. En realidad, las heridas que me hicieron aquellos hombres, y mi estancia en este hospital, me han servido de mucho. Creo... que estoy superando la situación.

—Bueno —intentó sonreír Mabel—, espero que ya no me confundirás con Eveline, entonces.

—No... Fue todo tan duro para mí... Tengo que aceptar las evidencias, eso es todo. A fin de cuentas, no soy el único hombre al que engaña una

mujer, ¿verdad?

—Supongo que no. Bueno, Ernest, tengo que marcharme ya...

Ernest Davies alargo una mano y tomó una de Mabel Sherman, que se disponía a ponerse en pie. Pero, al notar la mano de él, quedó inmóvil en la silla colocada junto a la cama del herido.

—¿Tú me engañarías, Mabel? —musitó Ernest.

—No. Creo que no hay necesidad de engañar a nadie. Cada cuál puede hacer lo que quiera, eso es todo. No hay por qué mentir.

—Hagamos una cosa: el que primero resuelva sus apuros, irá a buscar al otro. ¿Estás de acuerdo?

—Ernest, ya te he dicho que a mí no me gusta mentir, así que tendría que contarte muchas cosas que...

—No. Haremos otra cosa, también muy inteligente: tú no me dirás nada a mí de lo que fue tu vida antes de ahora, y yo haré lo mismo. Empezaremos a partir de este momento. Supongamos que acabamos de nacer.

Mabel Sherman se inclinó hacia Ernest, y le besó dulcemente en los labios.

Luego dijo:

—Eres un niñito encantador.

Y se echaron a reír los dos. Era una buena cosa empezar de nuevo. Y muy inteligente.

Y, sobre todo, era muy conveniente olvidar la tenebrosa noche en que se habían conocido.

FIN